

CONVERSACIONES MILITARES,

POR

D. FRANCISCO FERNANDEZ GOLFÍN,

CORONEL AGREGADO AL REGIMIENTO DE INFANTERIA DE NAVARRA, Y DIPUTADO EN LAS CORTES GENERALES Y EXTRAORDINARIAS POR LA PROVINCIA DE EXTREMADURA.

CONVERSACION PRIMERA,

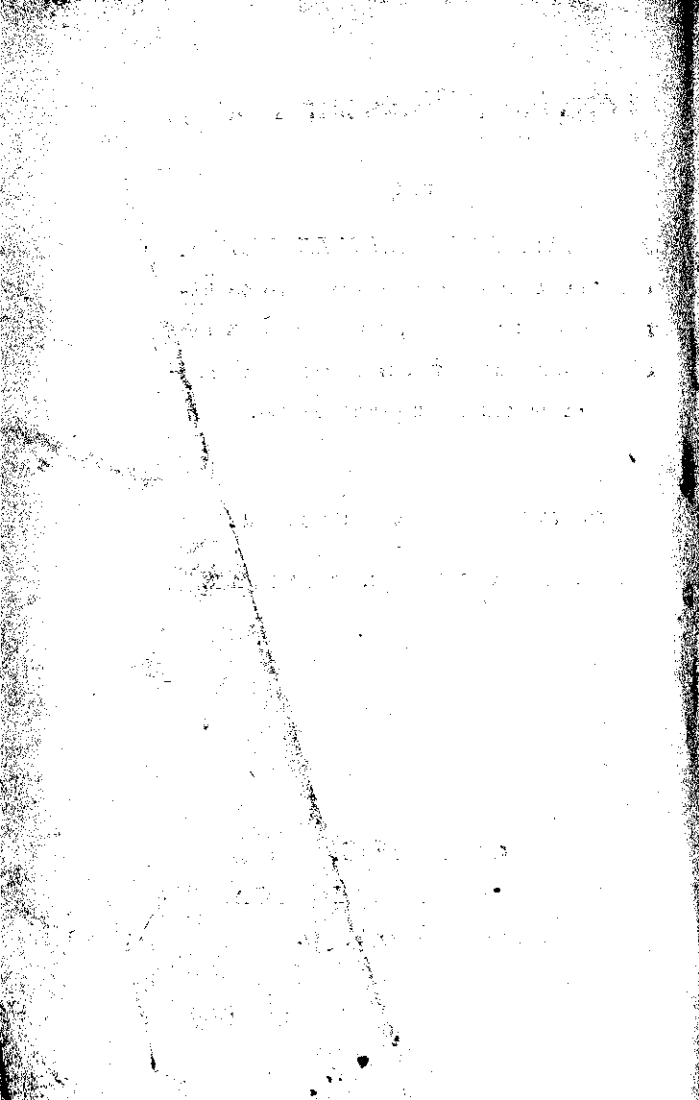
SOBRE LA MORAL MILITAR.

CADIZ 1813,

IMPRENTA PATRIOTICA.

A cargo de D. R. Verges.

8758



**A LOS ALUMNOS
DE LAS ACADEMIAS Y COLEGIOS
MILITARES DE ESPAÑA.**

A vosotros , jóvenes apreciables , á vosotros á quienes ha conducido á las Academias y Colegios militares el deseo de reemplazar á los ilustres guerreros que mueren cubiertos de gloria en el campo del honor , ó se imposibilitan combatiendo por la patria; á vosotros , que privándoos de los placeres de la juventud , os consagrais á adquirir la instruccion y las qualidades morales y físicas , necesarias para llevar á efecto vuestro arduo proyecto de ser dignos sucesores de tantos beneméritos oficiales ; á vosotros afrezco estos escasos frutos de mi trabajo.

Vosotros sois objeto de los cuidados y atenciones de la patria , que os prepara para que seáis defensores de su

independencia y de su libertad civil; permitid que como ciudadano interesado en que correspondais á sus esperanzas, coadyuve á ello, presentándoos este resúmen de lo que autores de la mejor nota han escrito acerca de las virtudes que deben caracterizar á los militares, y admitid esta manifestacion de mi particular deseo de facilitaros llegar al término de los vuestros, y de veros marchar por la difícil senda que os han trazado tantos ilustres oficiales, y por la qual veis subir á la cumbre de la gloria á tantos como excitan cada día con sus acciones vuestra noble emulacion, y la admiracion, el respeto y la gratitud de sus conciudadanos. Cadiz de Agosto de 1813.

Francisco Fernandez Golfín.

CONVERSACIONES MILITARES.



PRIMERA.

DE LA MORAL MILITAR.

Paseándome una tarde por la muralla, vi sentados en ella dos soldados que hablaban, al parecer, de un asunto de mucha importancia, según la atención que se prestaban mutuamente, y el ardor y energía que mostraban en sus gestos y acciones. La curiosidad me hizo acercarme por si podía percibir algo de su conversacion, y en efecto oí á uno que decia al otro: acuérdate que no ha mucho tiempo que te reías de mis cartas quando te decia la multitud de oficiales y soldados nuevos que habia en mi regi-

miento , y te pintaba el estado en que se hallaban y sus continuos triunfos. Me preguntabas como se hacian estos milagros , me acusabas de ponderativo , y me llamabas héroe con cierto ayre de ironía ; pero ¿que dices ahora? ¿que te parece mi regimiento? Admirable , dixo el otro; pero dime , ¿y no crees muy difícil generalizar este modo de pensar en todo el ejército?-No , replicó el compañero con viveza , porque véo quan fácilmente se ha generalizado en mi regimiento , y porque conozco que sucederia lo mismo en todos si los gefes estuvieran persuadidos de su importancia , y si lo procuraran grabar en sus soldados con su exemplo , con sus discursos y con una continua vigilancia sobre su conducta. El otro dia te admiraste quando oiste hablar á aquel capitancito rubio de la moralidad de la tropa ; prueba de que entre vosotros no es conocida esta parte tan esencial de la milicia , que es la única que constituye la superioridad

de mi regimiento, pues por lo demas tenemos la misma ordenanza, la misma táctica, y á poco mas ó ménos la misma instruccion que los demas... pero es la hora de la lista : vámonos.

Entónces se levantaron mis dos soldados, cuya conversacion me causó tal asombro, que no pude ménos de manifestárselo, incorporándome con ellos, y siguiendo su mismo camino. A poca distancia se paró uno que tenia su regimiento aquartelado en un convento allí cerca, y yo continué con el otro hasta su cuartel. Me dixo que su compañero se llamaba Patricio Diaz, que era del regimiento de ... y que habiendo estudiado algunos años, habia emprendido la carrera militar, estimulado del mas ardiente deseo de servir á su patria, y que aunque por su conducta, aplicacion y talento se le habian proporcionado muchos ascensos, jamas habia querido salir de la clase en que se hallaba. Que él se llamaba Francisco de Lara, y

que habiendo sido condiscípulo de su amigo , le habia querido imitar en su resolucion de alistarse en las banderas de la patria en el mismo regimiento ; pero que la suerte los habia separado , habiendo sido él destinado al nuevo regimiento de.... en que actualmente servia. No exigí mas explicaciones , porque lo que habia oido bastaba para dar una idea de sus principios y de su instruccion, y para hacérmelos apreciables.

Ya me despedia quando llegó Patricio , que habia obtenido licencia para estar con su camarada hasta segunda lista ; y habiéndola logrado Lara igualmente para salir hasta la misma hora , vinieron ámbos á mi casa , á donde los conduxe deseoso de continuar la conversacion interrumpida. Luego que entramos , les pedí que me impusieran en los antecedentes de su disputa para entenderlos, y aun aventurar tal vez mi voto.

El origen de nuestra disputa , dijo Patricio , es el informe que di á mi compañero de los gefes del re-

gimiento de... El Coronel, le decia yo, es muy indolente, aunque sabe su obligacion por principios y por una larga práctica. El teniente Coronel seria un excelente oficial si no fuera tan vicioso. Apenas dixe esto, se rió mi compañero, y me provocó á una contienda, que hace mucho tiempo es asunto de nuestras conversaciones, y aun de nuestras cartas. Lara cree (ó finge creer) que una buena constitucion y organizacion militar, una buena táctica y destreza en los movimientos y manejo del arma bastan por sí solas para asegurar el éxito de las batallas. Cien veces me ha citado el exemplo de los franceses, y ha contrapuesto á la frugalidad, desinterés, laboriosidad y demas que yo llamo virtudes militares del General B... el luxo, la rapacidad, la molición, y los vicios de los generales franceses, que sin embargo han tenido una larga serie de triunfos sobre nosotros, concluyendo de estos exemplos que deberiamos adoptar en todo

el método frances , y para ello procurar á peso de oro atraer á nuestro partido á algunos de sus generales. Yo , prescindiendo del exámen de su organizacion militar, que acaso no es tan perfecta como se cree , juzgo que no es posible ni conveniente que en nuestro ejército se fomente el espíritu marcial por los mismos medios que en el suyo , y que tenemos estímulos mas poderosos para excitarlo. Juzgo.... Dexa que yo continúe explicando tu opinion, dixo Lara interrumpiéndole , para que vea este caballero que no soy un ciego partidario del sistema frances , como has dado á entender. Bien sabes que mi oposicion á tus ideas es solo para aclararlas con el contraste de la disputa , y que en realidad no diferimos mucho en nuestro modo de pensar. Creemos , pues , que tenemos estímulos mas poderosos, de los quales por desgracia no han sabido valerse nuestros gefes , ó tal vez los han creido inútiles por no distinguir la clase de soldados que componen

actualmente nuestros exércitos de la que tenían ántes, por no haberles inspirado, ó por mejor decir, desenvuelto las ideas que los conduxeron á las filas: por no haberlos conducido á las consecuencias precisas de los principios luminosos que los armaron para ser el apoyo de la libertad vacilante de su patria.

Nuestros soldados son sacados de aquella porcion heróica del pueblo español, que por un puro sentimiento de lealtad, de amor á sus costumbres, y de pundonor nacional, declaró la guerra á la Francia, desatendiendo los frios cálculos de la política, y que atento solo á la justicia de la causa que iba á defender, se resolvió á perecer ántes que desistir de su empresa. Estos son los soldados que tenemos, y estos hombres sensibles ya á los estímulos del patriotismo y de la gloria, lo hubieran sido cada vez mas, si al vestir el uniforme se hubiera procurado sostener su espíritu, y aun elevarlo al mas alto grado.

¿Como podia hacerse esto? pregunté yo. He oido quejarse á muchos oficiales de que la consideracion que se tuvo por esas mismas razones con los soldados al formar los exércitos, ha ocasionado la falta de disciplina y de subordinacion. Siempre son perjudiciales, respondió Patricio, los miramientos que relaxan el rigor de las leyes, y en muchas provincias se resintió de ellos nuestra primera organizacion. Diré tambien que el gobierno Central aumentó el desórden, substituyendo para remediarlo leyes nuevas, que ni fueron observadas, ni eran mas á proposito que las antiguas. Pero esto mismo prueba lo que decimos. Parece increíble que unos gefes que por las circunstancias particulares de los soldados suavizaban el rigor de la disciplina, no conocieran la necesidad de hacerla respetar por otros medios, como hubiera sido fácil, haciéndoles ver que de ella dependia el logro de su gloriosa empresa. Esto era tanto mas neces-

rio quanto que la multitud de licencias y graduaciones que se prodigaron, debian ocasionar disgustos, excitar la emulacion para procurarse iguales ventajas, y hacer que la libertad de la patria no fuera ya el único objeto de los deseos de todos. Supongo, dixe yo, que en el principio hubiera sido facil y muy conveniente inflamar á nuestros guerreros y hacer que el uniforme mismo exáltara su espíritu hasta el mas alto grado; pero pasaron aquellos momentos de ardor y de entusiasmo, y yo me inclino mucho á creer, como el Senor Lara, que lo que importa en el dia es establecer una rigurosa disciplina, y que ella obligue á executar lo que se haria por patriotismo, sin fiarnos demasiado en las virtudes de los hombres. La especie de democracia que reynó en los principios de nuestra insurreccion, fomentaba ese ardor popular que se entibió luego que para dirigirlo se sujetó á reglas y á la dependencia de los gefes. Así debia su-

ceder, respondió Patricio, y así sucedió con aquellos gefes que tomaron el mando con un espíritu diferente del que animaba á sus soldados. Estos se presentaron para combatir y salvar á la patria; y aquellos, aun quando tuvieran los mismos sentimientos, buscaron los ascensos, se embriagaron con su nueva autoridad, y no hallándola sólidamente establecida, ocultaron los abusos que hicieron de ella con complacencias no ménos destructoras del entusiasmo que animaba entonces á los soldados, que del rigor de la disciplina. No quiero citar ejemplos de esta verdad, aunque por desgracia hallaria muchos en la milicia; pero no callaré el del general B.... que ha conservado en su tropa este espíritu, apoyándole sobre la base de la mas exácta subordinacion. Vd. conocerá que dura aun en ellas este espíritu, supuesto que oyó esta tarde el motivo porque Lara se reia de mi informe y de las expresiones del capitancito rubio. Re-

pito lo dicho , Señor Patricio : no debemos fiarnos demasiado en las virtudes de los hombres , y aun quando yo conceda el hecho que vd. me cita , insisto en que no puede servir de regla. Nuestras desgracias, los desaciertos de los que nos han gobernado , la duracion de la guerra y otras mil causas , si no han abatido nuestra constancia, han entibiado algo el primer ardor y entusiasmo , y ya es necesario que una vigorosa disciplina militar nos conduzca á la victoria, y aproveche nuestras buenas disposiciones , nuestra inalterable resolucion de no desistir de la empresa. ¿No piensa vd. que ya no nos queda otro recurso? Ahora es en cierto modo, dixo él, la ocasion oportuna de reanimar aquel primer entusiasmo , pues ahora hay ~~unos~~ motivos para excitar el espíritu público y por consiguiente el militar.

Nuestra revolucion empieza á tomar carácter fixo , ó quando ménos ha llegado al punto de tomarlo con

la reunion de las Córtes. El ciego abandono con que Cárlos IV entregó la monarquía en manos de su favorito: la inmoralidad, el despotismo de este, su insaciable avaricia, y su loca y mal disimulada ambicion habian prevenido á toda la nacion en favor del heredero del trono. La escandalosa persecucion formada contra este Príncipe, y la increíble deferencia del Rey Cárlos á las sugestiones y proyectos criminales de su privado, aumentaron el deseo de colocar á Fernando en el trono para verle á cubierto de las asechanzas de su indigno rival, y poner fin á los desórdenes y al sistema destructor que conducia al estado á su ruina. El decreto de 28 de octubre de 1807 produjo la mas clara manifestacion de la opinion general, y jamas se ha visto calumniador mas generalmente desmentido. Godoy cortó la causa que anunciaba el citado decreto, y tramaba nuevas intrigas para elevarse al trono, quando la famosa revolucion

de Aranjuez colocó en él á Fernando VII. Un enemigo mas poderoso quedaba aun á este Rey deseado, y no es necesario pronunciar el fatal nombre de Napoleon para darlo á conocer; pero desconcertados sus planes por la misma revolucion, é irritada su ambicion con este obstáculo inesperado, precipitó sus pasos, y á pesar de las indignas y mal urdidas tramas de Bayona, se manifestó todo el horror de su conducta pèrfida y artificiosa. La nacion vió engañado vilmente, atropellado, y preso al monarca de quien esperaba el remedio de sus males: vió las cadenas que Napoleon le preparaba: se llenó de indignacion con este proceder inicuo; y corrió á las armas para vengar á su Rey, y rechazar tan injusta agresion. Los sentimientos de lealtad, de religion, y de adhesion á las costumbres patrias, que envuelve en sí esta conducta, fueron, como dixe á vd. poco ha, la causa de esta resolution generosa, y el pundonor na-

cional y la gloria de la resistencia nos han mantenido en ella cinco años ha.

Si hemos hecho tantos esfuerzos por estos motivos verdaderamente justos y poderosos, ¿que no haremos si se agrega á ellos el de restituir al trono á nuestro idolatrado Fernando, pero de manera que la responsabilidad de los ministros impida que otro Godoy abuse de su bondad ó del carácter de alguno de sus sucesores? ¿Que no haremos si á la censervacion de nuestras leyes se agrega la abolicion de aquellas que habia introducido el poder arbitrario, y de las glosas é interpretacione que habian alterado nuestros códigos? ¿Que si al amor á nuestros usos y al noble orgullo con que anhelamos por la independendencia nacional, se añade el estímulo de unas instituciones análogas á nuestro carácter, y se nos ofrece no solo la libertad de la monarquía, sino la individual, sin otras restricciones que la que dicten las leyes para asegu-

rar el órden público y el goce de nuestros derechos? Que no haremos si rompiendo la vil cadena con que nos amenaza Napoleon, rompemos el degradante derecho de vasallage que constituia á muchos españoles vasallos de sus conciudadanos; rompemos los obstáculos que se oponian al libre uso de nuestras propiedades, á los progresos de la industria, y que cerraban ó dificultaban á ciertas clases la entrada á las diferentes carreras del estado? ¿Que no haremos por libertarnos no solo de las exâcciones violentas y sanguinarias de Bonaparte, que han arruinado tantos reynos florecientes, sino tambien de las que dicte el capricho de los reyes, ó que les sugiera la rapacidad y miras interesadas de sus cortesanos? ¿Que no haremos si libertándonos de la conscripcion militar, se reparte entre todos, sin distinciones que envilezcan á los soldados y graven á algunos con desigualdad, la sagrada obligacion de ocurrir á la defensa de la

Patria ? ¿ Que no haremos quando se nos convenza de que los llamados á la ilustre carrera de las armas no serán ciegos instrumentos de la voluntad de los Reyes, ya azote de los pueblos que han excitado su ambicion ó codicia ; ya opresores de sus conciudadanos , sino el firme apoyo de las leyes y de los derechos de todos , y el brazo poderoso que repela las agresiones injustas de las demas naciones , y haga respetar el territorio y el nombre español ? ¿ Que no haremos para evitar que nuestra sangre se vierta en paises remotos , executando los planes atroces del Corso , y para asegurarnos al mismo tiempo el honor , la gratitud y las recompensas debidas á nuestros sacrificios ? En una palabra , ¿ que no haremos si el sentimiento que nos armó y nos sostiene con tanta gloria se fortifica con la esperanza de lograr las ventajas que he indicado y las demas que debe producir una buena Constitucion ? Ve vd. aquí el resorte poderoso con que las Córtes pueden

dar nuevo vigor á nuestros esfuerzos, y hacer á nuestros soldados comparables con los griegos y los romanos , que hicieron acciones tan distinguidas porque su propio interés los empeñaba en sostener sus gobiernos , y las leyes protectoras de sus derechos. Nos hallamos en circunstancias iguales á las que produxeron los Leonidas , los Temistocles, los Curios y los Scebolos , y no dude vd. de que tendrán imitadores como tengan los mismos estímulos, esto es , quando nuestras instituciones , nuestras leyes y nuestro gobierno nos hagan mirar esta guerra como necesaria para libertarnos del vergonzoso yugo frances , y asegurarnos el goce de tan apreciables ventajas. En una palabra , quando se nos dé á conocer en toda su extension el significado de la sagrada voz patria , de esta voz , que apenas confusamente entendida , ha sido causa de tantos prodigios y de tan admirable constancia.

Esta debe ser la grande obra de

las Córtes. Las juntas provinciales debieron prepararla; pero los defectos de su constitucion, la poco meditada eleccion de muchos de sus vocales, y el sistema de federalismo que adoptaron, lo impidieron. La Central la hubiera empezado y adelantado mucho si hubiera obrado como hablaba; mas apénas hizo otra cosa que anunciar su necesidad, y ahora toca á las Córtes no perder momento para llevarla quanto antes al cabo, si la juzgan tan necesaria como yo me figuro. No dudo, le dixe yo, que las Córtes puedan emprender y terminar esta grande obra, que juzgo no ménos importante que vd., y no le negaré que las veo con dolor no adelantar en ella todo lo que yo quisiera, y aun dar alguna vez pasos retrógrados sin duda por los errores y preocupaciones con que tienen que luchar dentro y fuera de su seno, y por los obstáculos que oponen á las reformas los interesados en que no se verifiquen. Pero prescindiendo de esto, quisiera que

vd. advirtiera que para conocer las ventajas que ha manifestado , es necesario reflexionar. Conozco que estas reflexiones son verdaderamente muy obvias aun para los mas ignorantes, pero los militares tienen otros alicientes que se les ofrecen á primera vista , y que por presentarse por sí mismos y por tocarles particularmente , pueden moverlos mas que los otros de que hablamos. Tales son los ascensos y las demas ventajas de su carrera. Esto tendria lugar si nuestros militares, respondió él, se consideraran á sí mismos como unos mercenarios adictos por interes á la causa que defienden. Y ¿que cree vd. que considerándose tales , se envilezcan á los ojos de la patria que los armó para la comun y particular defensa? ¿Cree vd. que arrostran tantos peligros, que luchan con tantas dificultades, y que hacen tan gloriosos esfuerzos y sacrificios por un vil interes? ¿Cree vd. que el uniforme les haga olvidar que son españoles? ¿que son parte de esta

nacion que con tan justos motivos quiso y emprendió la guerra sin proponerse otro objeto que la salvacion de la patria y del rey , y sin esperar otra recompensa que la gloria del triunfo ó la de una heroica resistencia? No es posible que prescindan de que lo son , pues si no lo fueran , no militarían en nuestras banderas , correrían á alistarse en las de Napoleon , y faltando á sus mas sagrados deberes , prostituyendo su honor , vendiendo su libertad y su vida , buscarían al lado de los O-Farril , de los Morlas , y los Negretes sus propias ventajas á costa de las lágrimas , de la esclavitud y de la muerte de sus hermanos. Si son españoles , no querrán obscurecer la gloria de la carrera que han emprendido con sombra alguna de interes , y no querrán que se sospeche que quando ofrecieron sus vidas á la patria , ó acudieron á su llamamiento , pretendieron por este medio procurarse ventajas y adelantamientos particulares. Esto des-

truiria todo el mérito de su generosa resolucion y de sus sacrificios, los privaria del derecho á la gratitud y al aprecio de sus conciudadanos, que no le deberian otra cosa que el miserable estipendio y los ascensos por que pelearon.

Me acuerdo, dixe yo, haber leído que el sacrificio de los militares si no es generoso, es insensato, y me parece esta máxîma no ménos sublime que verdadera, aunque de una práctica muy difícil. Las expresiones que vd. acaba de citar, dixo Patricio, contienen una verdad innegable, porque, como dice su autor, el militar ofrece á su patria una cosa que no tiene precio: así es preciso que la dé ó que la venda. Aquello es un acto admirable de generosidad: esto de una verdadera locura, porque se pone precio á lo que vale mas que todos los tesoros del mundo. Sin embargo, esta máxîma no me parece aplicable á todos los militares, sino solo á los españoles ó á los que como ellos se

arman en defensa de una causa semejante. En efecto , ¿no le parece á vd. imposible que esta generosidad quepa en los soldados de Napoleon? ¿No se le figuran á vd. una multitud de esclavos insensatos contenidos por la fuerza , y que si algun estímulo encuentran en su carrera, no es otro que el vil precio porque se vendieron , la licencia con que procuran desquitarse de la baxeza de su condicion , y el deseo de merecer la aprobacion de su tirano , que mirará con asombro el abatimiento á que ha conducido á estos miserables , á quienes aterra con su ceño , y alienta con una sonrisa desdeñosa? ¿Juzga vd. que el deseo de distinguirse pueda producir entre ellos las grandes acciones que producen el honor y el patriotismo? No puedo negar á vd. , le dixé yo , que no lo creo , y me parece por lo que he oido á vd. que el solo estímulo del interes y de los ascensos no puede dar la grandeza de alma y la sublimidad de sentimientos que son

necesarios para que el militar obtenga la estimacion y el respeto de sus conciudadanos.

Entre los franceses y sus semejantes , dixo Lara , los grados y las distinciones no prueban otra cosa que el aprecio del que los confiere muchas veces sin mérito , y otras para premiar servicios particulares que se le han hecho , y no tienen otra recompensa ni otra cosa alguna que les concilie aquel género de estimacion que puedan merecer sus sacrificios verdaderamente insensatos. A nosotros y á los soldados defensores de sus hermanos no sucede lo mismo : es cierto que es perjudicial para la causa pública é injusto que los ascensos no se den al mérito: es desagradable para el que lo tiene , verse postergado y privado del premio que le abre mayor campo para desplegar sus talentos y satisfacer sus deseos de ser útil á la patria ; pero si la injusticia de los gefes nos lo niega alguna vez , no puede nunca quitarnos la estimacion

de todo el pueblo, cuyos derechos defendemos, que es siempre justo apreciador del verdadero mérito. El es el que con una señal de desaprobacion hace despreciables las mas brillantes distinciones: confunde el necio orgullo de los que las han debido al favor y á la intriga, y eleva sobre ellos á los beneméritos, cuyos premios han usurpado. Nosotros somos, dixo Patricio, ciudadanos y soldados de la nacion española, y nos debe importar muy poco que un solo individuo nos prive por error ó por malicia de un signo de nuestro mérito, con tal que sin él sea generalmente reconocido, así como el signo será ridículo si los demas no lo miran como representativo del mérito del que lo lleva. Por eso vale mas que pregunten: ¿por qué no ponen una estatua á N? que no: ¿por qué se la han puesto? En esta guerra en que combatimos por los intereses de todos, se han visto exemplos muy notables de la justicia que la nacion hace al mérito

á pesar de los ardides y medios tortuosos con que la envidia de algunos ha procurado obscurecerle. Este desagravio, ó por mejor decir, esta justicia que una nacion entera hace siempre al mérito de sus defensores, y que jamas puede faltar á los beneméritos, es en cierto modo el fundamento del honor, que es la vida y el alma de los militares.

Extraño mucho, repliqué yo, que no diga vd. que lo es absolutamente. No lo he dicho, respondió, porque estoy persuadido de que nuestro sacrificio debe ser tan generoso que creamos (segun dice el autor que vd. ha citado), que la patria á quien lo hacemos, es insolvente. Amigo, dixo su compañero, eso es ser mas que jansenista. Deberias conocer que ese excesivo desinterés que quiso introducir el autor de las máximas de los santos, ocasionó una especie de cisma, y no se juzgó necesario para mantener la sublimidad de los sentimientos del cristianismo, que son mucho mas puros que los

de la milicia. Tan léjos estoy , le respondió Patricio , de pretender que los militares se priven de parte alguna de la consideracion de las distinciones y de las ventajas que les son debidas , que quiero asegurárselas con la generosidad que exijo de ellos. El que hace un beneficio, tiene tanto mas derecho al agradecimiento , quanto sea mas desinteresado , porque si muestra que solo lo hace por la retribucion que espera, destruye con esto el mérito y el carácter del beneficio y sus derechos al reconocimiento. Si el beneficio para ser verdaderamente tal ha de hacerse por el puro placer de hacerlo; si el que lo hace no debe acordarse de él sino para gozar la dulce memoria de haberlo hecho ; si este es su deber , el del que lo recibe es tenerlo siempre presente , manifestar su reconocimiento al bienhechor por quantos medios le sean dables , y compensarle con ventajas equivalentes á las que ha recibido. Distingamos igualmente las obligaciones de

cada clase de la sociedad, y veremos que de la grandeza del sacrificio que la patria exige de los soldados y de la generosidad que debe caracterizarle, resultan en las demas la obligacion de distinguirlos, respetarlos y procurarles toda suerte de alivios y recompensas por los inapreciables servicios que les prestan.

En la carrera de las armas se exigen esfuerzos tan grandes y sacrificios tan costosos, que ademas de las leyes penales y de las mas brillantes distinciones, es necesario para ejecutarlos elevacion de alma, el noble estímulo del honor, y el conjunto de virtudes que forman el carácter militar, engrandecen su espíritu, y los excitan á buscar ocasiones de distinguirse, multiplicando estos mismos esfuerzos y sacrificios. Crea vd. que este espíritu es el que produce las grandes acciones, y que si se apaga en los militares, perderán su fuerza todos los resortes que los mueven. Supuesto, pues, que el militar obra por tan noble motivo que su estímulo

es lo arduo de sus deberes , y su recompensa la satisfaccion de desempeñarlos , supuesta la grandeza de alma , y el cúmulo de circunstancias apreciables y de virtudes que prueba esta conducta; ¿no le parece á vd. que el uniforme basta solo para conciliarles el respeto de sus conciudadanos? Reflexione vd. ligeramente sobre el destino de los militares , sobre la extension inmensa de sus obligaciones y el sacrificio de sus comodidades y de su vida por el reposo y la conservacion de los demas , y verá que es un fenómeno incomprensible de ingratitud nacional no solo que se les cierran las casas de sus hermanos , de los mismos por quienes arriesgan sus vidas ; no solo que se mire como una carga la obligacion de alojarlos en los momentos en que sus tareas les permiten disfrutar de las habitaciones y de los lechos que los demas disfrutan por ellos tranquilamente : no solo que no se les prodiguen todos los medios de hacer ménos duras sus fatigas , sino

que haya quien los vea con indiferencia, y sin que á su vista se conmueva su corazon penetrado de admiracion, de respeto, de gratitud y de todos los afectos que debe excitar en un alma sensible la idea de los servicios que le prestan. Ciertamente que el sacrificio del militar debe ser generoso. Debe su vida á su patria; pero aquellos por cuyo bien desempeña esta penosa obligacion, ¿no le deben á él otra cosa que la paga y las ventajas de su carrera, conseguidas á tanta costa? ¡Ingratos! lo que le dais apénas basta para conservar la robustez necesaria, para sufrir sus fatigas y para combatir por vosotros. Los ascensos son nuevas obligaciones que les imponéis; y aun quando los socorros que les dais no fueran, como realmente son, medios para lograr el objeto de defenderos, aun quando fueran recompensa, pagariais el trabajo, no la vida que arriesgan y pierden por vosotros: no el beneficio que recibis pagariais.... pero no mas apòstrofe:

basta lo dicho para que vd. conozca que yo no soy jansenista , y para manifestar los límites que pongo á las obligaciones de los soldados y á las de los otros ciudadanos respecto de ellos , y la manera en que las clasifico.

Por mi parte , dixe yo , comprendo muy bien como se deducen unas de otras ; y aseguro á vd. francamente que esta clasificacion (que no habia hecho hasta ahora) releva mucho á mis ojos el mérito de los militares. Son sin duda los ciudadanos mas beneméritos , y convengo en que por las mayores ventajas que les proporcionáramos , no podríamos eximirnos de la obligacion de agradecer sus servicios , y de mirarlos con el mayor aprecio. No obstante es preciso confesar , sin que esto rebaxe nada el mérito de sus acciones , que el rigor de las leyes militares es lo que particularmente los obliga á cumplir sus penosas obligaciones ; y que el mismo rigor es el que les dá lo que vd. llama virtudes : con-

viene á saber , el valor , la constancia y alguna otra que yo miro como efecto de la misma severidad de sus leyes. Yo los apreciaria (si es posible mas de lo que los aprecio) si el móvil de sus acciones fuera , como vd. dice , su espíritu inflamado por lo arduo de sus deberes , y sostenido en su noble resolucion por la gloria de desempeñarlos. No negaré á vd., me respondió , que la legislacion contribuye muy esencialmente á que el militar cumpla sus obligaciones; pero no por eso se infiere que su espíritu no influye para nada. Lo que se llama espíritu militar no es otra cosa que esa sublimidad de sentimientos que vd. mira con razon como la circunstancia mas apreciable del soldado. Este espíritu es la preciosa semilla que produce las acciones heróicas : la legislacion militar el riego que la hace brotar. Si es cierto que el riego es necesario para que la semilla brote, es tambien innegable que sin que esta exista en la tierra , el riego no producirá

jamás una planta por sí solo.

Mi compañero pretende (y he aquí nuestra disputa de esta tarde) que las leyes forman el carácter de los hombres; y para probarlo, cita el exemplo de los romanos, á quienes dice que unas leyes hicieron árbitros de todo el mundo, y otras han reducido á lo que actualmente son: yo, sin negar el influxo de las leyes, creo que el espíritu de los romanos inflamado con el amor de la libertad y con el deseo de mantener la gloria de la república, fue el principal movíl de sus acciones; y así aunque las leyes fomentaban estos sentimientos, vemos disminuir el número de sus héroes á medida que la corrupcion de las costumbres iba dando otra direccion á su espíritu, y que en vez de la verdadera gloria, empezaban á codiciar riquezas, y á distinguirse por el lujo y las comodidades. Pompeyo era general de una república lo mismo que Camilo. Mandaba tropas mas numerosas, y unas mismas leyes cimenta-

ban en ellas el valor y la disciplina; pero el espíritu de facción, el lujo y las diferentes costumbres las constituían inferiores á las de su antecesor. Si César hubiera tenido que combatir con Camilo, no hubiera fiado la suerte de una batalla á la prevención de mandar á los suyos herir en la cara; prevención que manifiesta hasta qué punto de debilidad habían conducido sus costumbres á estos soldados republicanos, cuyas inclinaciones estaban ya en oposición con las mismas leyes que defendían. Observe vd. en nuestra historia la diferencia que hay de Rodrigo á Pelayo en una misma época, con unas mismas leyes; y no verá otra causa que la diferencia de sentimientos que las circunstancias produjeron en este último. Observe vd. la no interrumpida serie de hombres grandes que contamos desde el mismo Pelayo hasta Gonzalo de Córdoba y Hernán Cortés, y observe como la fatal política de Fernando V. y de sus sucesores fue destru-

yéndola, y verá que fue presentando otros objetos á la ambicion de los grandes y de la nobleza , y que si intervinieron las leyes , fue introduciendo costumbres muy poco conformes á la elevacion de alma que forma el carácter de los grandes guerreros. Me parece que basta apuntar estos hechos para que conven-gamos en que si bien las leyes influyen en las costumbres , estas no pocas veces hacen inútiles las mejores leyes , y que en general puede aplicarse aquí lo que Horacio dice, hablando del ingenio y del arte. Con-vengo en ello, dixe yo ; pero ¿ quie-re vd. hacer cartuxos á los soldados? Seria una locura , respondió con vi-yeza. Quiero hacer ver á vd. que los soldados tienen ciertas virtudes propias de su instituto, cuyo número no es tan corto como vd. ha indicado; y que les son necesarias para cumplir sus obligaciones de la misma manera que al cartuxo el amor al silencio, sin el qual, ó no observará su regla, ó le será penosísima su observancia.

El militar tiene que hacer esfuerzos superiores á la misma naturaleza, y por esto necesita, no solo el estímulo de las leyes, sino el de su propio espíritu que le eleve y le haga, por decirlo así, mayor que los demas hombres.

Amigo, dixe yo, vd. me hará sentar plaza en su regimiento segun me va pintando la profesion militar. Verdaderamente me tienta ya el noble orgullo que inspira esa reunion de prendas extraordinarias, sublimidad de ideas, virtudes particulares, y profundo conocimiento de un arte difícil que supone el de otros muchos artes y ciencias. Tratemos separadamente de cada una de estas cosas. Con esto acabaré de decidirme, y quando no, servirá para que muchos militares comprendan las qualidades que deben adornarlos, los conocimientos preliminares y la asidua aplicacion que necesitan para alcanzar los inmensos recursos de su arte; y servirá también para que los que no lo son, conoz-

can que si los grandes servicios que nos prestan, exigen de nuestra parte el mas justo reconocimiento, las virtudes, la instruccion y las demas prendas que supone en ellos el exácto cumplimiento de su deber, los constituye dignos del respeto y admiracion de todos sus conciudadanos.

En efecto, dixo Lara, hay militares que no conocen quantos auxilios necesitan para llenar el alto objeto de su profesion. Creen que basta vestir el uniforme, saber de memoria la ordenanza, tener un valor ciego, que no es el verdadero valor militar, picarse de un honor, que tampoco es el verdadero, y no cuidar de instruirse, de formar su espíritu, y de contraer costumbres conformes á su instituto. De aquí es que ni pueden llenar todas sus obligaciones, ni corresponder á la espectacion del público que juzgando por ellos de los demas, no conoce el inapreciable mérito de esta ilustre porcion de la sociedad. Vd. ha visto sin embargo que si son es-

timables sus servicios , no lo es ménos el noble origen de que proceden , y que esto releva tanto su mérito , que está casi resuelto á sentar plaza. Leamos si vd. gusta (dixo Patricio) estas observaciones, que casualmente traigo conmigo, sobre las virtudes de que hemos hablado , y si quisiere algunas otras sobre los demas puntos militares, y aun sobre los conocimientos auxiliares , no tendré inconveniente en franqueárselas, pues no habré perdido nada si logro hacer tan buen recluta, y si esto puede servir de algo para mis compañeros ó para dar á conocer todo su mérito.

Con mucho gusto, dixe yo , y tomándolas, leí lo que sigue :

DEL HONOR.

Prescindo de si el honor es una virtud ó principio de las virtudes: si es fundamento ó fruto de ellas , y me limito á dar una idea del verdadero honor , que sin duda es á un mismo tiempo el alma de los militares, el

objeto de sus deseos , y el estímulo y la recompensa de sus acciones. El honor eleva el patriotismo en los militares al mas alto grado , y hace que el amor de la Patria precipite á los Curios en las profundas simas, contenga á los Leonidas en las Termópilas, y haga á los Scèbolas sufrir los dolores del fuego. El honor ha suplido en cierto modo por el amor de la Patria , miéntras este noble sentimiento ha sido desconocido por una multitud de causas , que no es del caso explicar hasta que la Nacion española, desplegando el magnífico quadro de todas las virtudes , le hizo renacer.

Honor es el derecho que adquirimos con nuestra conducta á la estimacion de los demas y á la propia nuestra. De esta definicion se infiere que el verdadero honor no puede existir sin que el hombre tenga un íntimo convencimiento de que posee qualidades útiles para los demas. Digo útiles para los demas , porque consistiendo el honor en la estima-

cion que hacemos de nosotros mismos, confirmada por los otros; no estimarán nuestros talentos, nuestra instruccion ni ninguna otra de nuestras qualidades si no les son útiles. Concedamos á Bonaparte el mayor talento del mundo: supon-gámosle dotado de las prendas mas brillantes, y convendremos sin embargo en que no tiene el mismo derecho á nuestra estimacion que Arístides ó Timoleon. Admiraremos las proezas de Alexandro; pero jamas le estimaremos, no digo yo mas que al Cid, pero ni aun mas que á Alvarez el valeroso gobernador de Girona, aunque no pudo evitar que aquella plaza cayera en poder de los franceses. El conquistador de esta nueva Numancia se considera á sí mismo inferior á su cautivo, y no hay frances que no conozca que Alvarez vencido, es mas grande que su Emperador; y que la constancia de los españoles, á pesar de tantas desgracias, es mas gloriosa que sus triunfos debidos ménos á su valor

que á la iniquidad y perfidia que los ha preparado. De aquí se infiere que el honor no puede existir sin la virtud, de la qual procede del mismo modo que la sombra del cuerpo, pues que por ella sola podemos estimarnos y ser estimados. Se infiere tambien que tendremos mayor motivo para estimarnos y mayor derecho á la estimacion de los demas miéntras mayores y mas costosas sean las virtudes que exercitemos para serle útiles; y ved aquí porque la carrera militar se llama por excelencia la carrera del honor, porque no hay nadie que tenga mayor derecho á estimarse y ser estimado que los militares. La resolucion generosa de sacrificar su vida por el bien de la sociedad á que pertenecen, la fortaleza y elevacion de alma que supone esta misma resolucion, las qualidades morales que deben adornarlos, los conocimientos que necesitan adquirir, y la no interrumpida série de esfuerzos extraordinarios

rios que tienen que hacer para que el sacrificio mismo de su vida sea útil á los demas, debe inspirarles la mas alta estimacion de sí mismos y cierto orgullo que al mismo tiempo que los sostenga en su heróyco proposito , los haga mirar qualquiera accion baxa como destructora de la íntima conciencia de su propio mérito y del aprecio de los demas.

No es necesario detenerme á probar que la estimacion que los dignos militares hacen de sí mismos, es siempre generalmente confirmada, porque es indudable que siendo la estimacion que todos hacemos de los servicios que se nos prestan proporcionada á las ventajas que nos resultan, no podemos dexar de mirar con el mas alto aprecio á unos hombres ilustrados con tantas qualidades recomendable á quienes debemos la independendencia nacional, el pacífico goce de nuestros derechos, y tantos otros bienes como nos proporcionan , y que por conservárnoslos padecen tantos trabajos , y

arriesgan cada dia su propia existencia. Esta seguridad del comun aprecio es el fundamento del noble orgullo de los militares: de este noble orgullo que los hace mirar como indignas de ellos las acciones baxas, y aun algunas que los demas no miran como tales. Llamo noble à este orgullo, porque le miró como efecto del justo conocimiento que cada uno tiene de su mérito, y porque fundándose en este mismo conocimiento, estimula à conservarlo y aumentarlo para no perder el derecho de estimarnos. Le llamo tambien noble por distinguirlo de aquel otro orgullo infundado, de la altivez y vanidad ridícula con que algunos quieren exígir una estimacion, á la qual ningun derecho tienen; orgullo no ménos diferente del otro en sus efectos, que lo es en su origen. Aquel, como que dimana del verdadero mérito, esto es, de la virtud, solo se manifiesta en el anhelo de aumentar cada dia nuestros derechos á la estimacion

general y á la propia. El que los tiene , descansa tranquilo sobre ellos, convencido de que el hombre de bien no puede ser deshonrado sino por sí mismo , privándose con su conducta de los derechos adquiridos á su estimacion y á la de los otros. Este otro orgullo , como que no se funda en verdadero mérito , produce una presuncion y arrogancia intolerable en los que, conociéndose destituidos de todo derecho al aprecio de los demas , están siempre sobre el quien vive , temiendo que un gesto ó una palabra manifieste la nulidad de sus quiméricos derechos.

Este orgullo , hijo del falso punto de honra , es en el òrden civil lo que la supersticion en el religioso; y del mismo modo que esta introduce prácticas que ofenden á la misma divinidad, á quien pretende aplacar , el falso honor provoca á acciones , que en lugar de dar derechos á la estimacion , los destruyen. Tales son los desafíos , que léjos de probar honor , esto es , que el que

los promueve tiene aquel mérito que se le niega , prueban solo altanería, ignorancia, è imprudencia, cualidades todas que destruyen el mismo honor porque se combate. Probarán si se quiere que un militar sacrificó á un resentimiento particular una vida tal vez mas útil que la suya para la seguridad de la pátria; pero no ciertamente que tenga mayor mérito que su rival , ni aun la especie de valor que supone este hecho ; valor que aunque existiera , no le haria estimable para los demas. El simple cumplimiento de su obligacion en el campo de batalla acreditaria mas su bizarría y le grangearia mayor aprecio. El confundiria la calumnia , le haria triunfar de sus émulos y de los tiros impotentes de la envidia.

La virtud brilla con sus propias luces , y el honor que es consecuencia de ella, no puede obscurecerse por accion ni dicho de algun otro, mientras nosotros mismos por debilidad , error ó vicio no apagüemos

la brillante antorcha que lo ilumina. Ved aquí porque Temístocles dixo á Euribiades en un consejo de guerra: *dame, pero escucha*. Esta moderacion salvó á la Grecia, dió á conocer todo el mérito de Temístocles, y no hay nadie que crea que la muerte de su cólega hubiera hecho mas célebre la gloria de su triunfo. Veamos el exemplo del verdadero honor en Fabio Máximo, y el del falso en Minucio Felix, General de su caballería y su Lugar-Teniente. Aquel, persuadido de que su deber era salvar á Roma, y que para conseguirlo convenia evitar venir á las manos con Anibal, oia con indiferencia los sarcasmos del pueblo romano, que por ridiculizarle le dió el nombre de Cunetator; y firme en su resolucion, esperaba con tranquilidad la ocasion oportuna de que sus acciones confundieran la nécia presuncion de sus imprudentes censores. Este por el contrario, mas deseoso de distinguirse por un valor indiscreto, que por un verdade-

ro mérito, se precipita sobre los cartagineses, y en un momento se ve batido, cortado por todas partes, y obligado á rendirse. Entónces su jefe, olvidando las amargas sátiras de sus conciudadanos, olvidando la altanería de su Teniente y su criminal inobediencia, vuela á su socorro; salva á las legiones ya derrotadas, lo salva á él mismo, que atónito con una conducta tan generosa, le prodiga los nombres de salvador y de padre, y obliga al pueblo de Roma á substituir al epíteto de Cunctator, el verdaderamente grande de Máximo.

DEL VALOR.

El valor es la virtud característica del militar: de ella depende el éxito de las empresas: en ella se libra la seguridad del estado, la gloria de las armas y la salud particular de los guerreros. Por ella se consiguen los triunfos: por ella se sepeplan las dificultades: se reparan

los yerros , y se encuentran recursos en las desgracias. Todos conocen la importancia de esta virtud , y miran con desprecio al militar que no la tiene , aunque no carezca de otras circunstancias recomendables; y los mismos militares son muy poco indulgentes unos con otros en esta parte.

No se crea que el valor de que hablo es aquel valor ciego , que mas bien es efecto del temperamento , de la ignorancia y de la irreflexion sobre el peligro , que de la fortaleza del alma , del raciocinio y del estímulo de nuestro deber. Vemos frecuentemente que esta especie de valor excitado por un impulso de cólera , ó de otra pasion , degenera en abatimiento luego que esta se enfria y da lugar á la reflexion , y que nunca es duradero si no está sostenido por la confianza de tener recursos para asegurar el logro de lo que se pretende. Sin esta confianza semejante valor es un movimiento maquinal , que arrastra al hombre

en ciertas ocasiones en determinadas circunstancias, pero que no produce siempre unos mismos efectos, esto es, aquella energía necesaria para mantenerle constantemente, sin que se desmienta en ningún tiempo ni en ningunas circunstancias. Los hombres adquieren esta confianza, que es ya uno de los fundamentos del valor, por el conocimiento de sus propias fuerzas, de su agilidad, de su destreza en el manejo de las armas, de sus talentos etc. Así se ve que uno que no teme embestir á otro armado de un cuchillo, si él lo lleva también, rehusa entrar en una lucha, que haya de decidirse por sola la fuerza; y en general que esta confianza se funda muchas veces mas bien en la idea verdadera ó falsa de nuestra superioridad, que en una firme y constante resolución de arrostrar qualquier peligro por conseguir un objeto. Baxo este supuesto es cierto que tales valientes no tienen miedo, porque no conocen el peligro. El gran Duque de

Alba , leyendo un epitafio que decia , que el que yacia allí , no habia tenido nunca miedo , dixo : *este hombre no despabiló nunca una vela con la mano*. Aunque este dicho sea verdaderamente algo exágerado , prueba que este célebre General conocia el carácter del verdadero valor , que no consiste en desconocer el peligro , sino en la fortaleza del alma para exponerse á él , para no ceder á los impulsos del miedo , y para perder , si es necesario , la vida ántes que faltar en un ápice al cumplimiento de nuestro deber.

Esta fortaleza es no solo lo que particularmente caracteriza el verdadero valor , lo que constituye su verdadero mèrito , sino que en muchas ocasiones es ella la que sostiene únicamente á los militares para llenar las gloriosas obligaciones de su instituto. Un particular que ambicione la fama de valiente , puede conseguirla sin exponerse á un peligro inevitable , pues será tenido por tal , sin llegar al extremo de

temerario ; pero el valor militar tiene unos límites mucho mas extensos. El militar necesita mayor fortaleza de espíritu que los demas hombres , no solo porque le cercan mayores peligros , y porque para evitarlos ha de tener en ellos una tranquilidad y sangre fria que le conserve en estado de reflexionar , sino porque muchas veces debe arrostrarlos , destituido de toda esperanza de su salvacion individual por conseguir la del ejército ó cuerpo de que sea parte. Temeridad en la milicia es exponer todo un cuerpo á una desgracia inevitable ; pero no que uno ó muchos individuos se expongan por salvar el todo , ó por contribuir al feliz éxito de sus operaciones. Así Leònidas no obraba como un temerario quando se resolvió á defender el paso de las Termopilas , y á oponerse con sus 300 lacedemonios á las innumerables huestes de Xerxes. Sabia que todos iban á perecer , y en este supuesto envió á otra parte las demas tropas que

mandaba para que pudieran coger el fruto de su resistencia , y para que miéntras él defendia aquel desfiladero hasta el último extremo , se prepararan para combatir con ventaja contra los persas. Leonidas conocia toda la extension de la obligacion de un digno defensor de su patria : conocia que de disputar aquel paso pendia la salvacion de la Grecia , y así se resolvió á esperar en él y á morir defendiéndolo con todos los suyos. Su resolucion fue consecuencia de los deberes de un militar y cumplimiento de una obligacion , pero de una obligacion que no puede cumplirse sin que el espíritu esté inflamado de los mas puros sentimientos de virtud , sin una fortaleza de alma que haga al militar superior á todas las debilidades humanas , y que lo eleve hasta el heroismo. Por estas mismas razones no fue temeraria sino heroica la constancia con que permaneció en el punto de que se hallaba encargado en el último sitio de Ba-

dajoz el teniente de artillería Don Miguel Fonturbel. Otro ménos animoso, ó cuyo valor no estuviera cimentado en bases tan sólidas, hubiera creído incurrir en la nota de temerario permaneciendo en el punto, incapaz de obrar como se hallaba este oficial, perdidas ámbas piernas y un brazo; pero Fonturbel conservaba su espíritu, tenia lengua para mantenerlo en sus soldados, á quienes lo habia comunicado ya su exemplo: tenia un perfecto conocimiento de su deber y una inalterable adhesion á él: tenia un alma fortalecida con el amor de la patria, superior á todos los peligros, y susceptible solo del estímulo del honor que resulta del exercicio de las virtudes peculiares de cada uno. De aquí sacó la energía, la serenidad y el valor heróico, que será eternamente la admiracion de todos los hombres y el modelo del verdadero valor. De las mismas preciosas fuentes que él han de sacarlo los que quieran imitarle; pues si tales sen-

timientos no fortifica el espíritu, desfallecerá en las críticas circunstancias en que sea necesario hacerse superiores á la misma naturaleza.

Los militares deben fomentar en sí estos sentimientos, y evitar todo quanto pueda enervar sus almas para adquirir esta virtud, que ni puede suplirse por ninguna otra, ni contrahacerse. El talento, los conocimientos y la prudencia preparan las acciones, pero su execucion es obra del valor. Se puede aparentar instruccion á la sombra de algunas expresiones que tal vez no se entienden: se puede aparentar actividad con cierta oficiosidad artificiosa; pero el valor no puede fingirse, y el cobarde ha de manifestar su cobardía siempre que se halle en el peligro. Es, pues, de la mayor importancia para los militares poseer esta virtud, cuya falta ademas del malogro de las empresas que se le confien, producirá irremediabilmente su deshonor.

El valor militar se diferencia tam-

bien del otro de que he hablado , en que la confianza en los medios que tenemos para vencer los peligros , no se ha de fundar solamente en nuestras fuerzas ó prendas individuables, sino en el conocimiento de los inmensos recursos de la táctica y de la disciplina. Este conocimiento es el que da tanta ventaja á las tropas veteranas sobre las visónas, en las quales no es extraño ver huir acobardados á soldados valientes que se tienen individualmente por superiores á sus enemigos , y que desean combatir con ellos. Semejante contradiccion proviene de que no conociendo los recursos del arte infinitamente superiores á los suyos particulares, consideran como perdidas las acciones quando no pueden valerse de estos , ó los reputan insuficientes. La guerra actual ofrece muchos exemplos de los perjuicios de esta ignorancia , y de las ventajas que proporciona la práctica de las reglas militares : exemplos que pueden contribuir mucho á inspirar confianza á

nuestros soldados , si los oficiales se ocupan en demostrarles con ellos que la táctica ofrece mil recursos que minora el peligro , que hace que los movimientos de todos contribuyan á la seguridad de cada uno , y que léjos de destruir el valor individual, lo fomenta , y da mayor efecto á sus esfuerzos quando son dirigidos por ella. Contribuye mucho tambien á que adquieran esta confianza el frecuente manejo de las armas que les hace notar sus efectos y conocer toda su utilidad para ofender y defenderse. Estos efectos de la exáctitud de la disciplina la constituyen otra de las fuentes del valor militar, y puede prestar el suficiente á una tropa que tenga confianza en sus oficiales , y en la qual la subordinacion esté bien establecida. Fundado en estos principios el valor militar , no es un movimiento maquinal de la sangre , sino una verdadera virtud : no es efecto de la ocasion ó de las circunstancias , ni de un impulso ciego que no nos dexa co-

nocer el peligro, sino de la reflexion y del profundo conocimiento de nuestro deber, en lo qual consiste su verdadero mérito.

El hábito de reflexionar en el peligro fortifica el ánimo y lo eleva hasta el mas alto grado, hasta mirar sin conmovirse y con frescura el riesgo mas inminente. Esta intrepidez se manifiesta en las ocasiones en que ella sola es el único recurso. Quando se sublevaron en Italia las tropas de Gonzalo Fernandez de Córdoba, un soldado llegó hasta ponerle la lanza al pecho amenazándole con la muerte si no arbitraba medios para pagar al ejército. En tan grande apuro nada sirvió tanto á este celebre capitan como la serenidad de su ánimo impertérito, pues reflexionando en el mismo momento lo que convenia mas en aquel extremo, dixo al soldado con un tono afable: *Levanta la lanza, que puedes herirme jugando con ella.* Estas palabras produxeron tal efecto en el ánimo del soldado por la idea tan

alta que le dieron de la firmeza é imperturbabilidad de su general, que se retiró inmediatamente arrepentido de su enorme falta, y contribuyó no poco á calmar el tumulto. Aun es mas admirable y prueba mas lo que vale la serenidad en los peligros la accion de Mucio Scebola, quando Porsena, rey de Etruria, sitiaba á Roma para restablecer á los Tarquinos en el trono. Este romano se introduxo disfrazado en el campo, y logró pénétrar hasta la tienda de Porsena; pero habiendo herido por equivocacion á su secretario, fue arrestado; y preguntándole su nombre: *Yo soy, dixo, un romano que venia á matarte, y por equivocacion he muerto á otro.* Porsena quiso saber si tenia cómplices, pero ningunas amenazas fueron bastantes para obligarle á declararlos, pues despreciándolas todas, solo sentia haber errado el golpe que hubiera libertado á su patria. Arrebatado de este sentimiento, metió la mano en el fuego preparado para un sacri-

ficio , dexándola quemar sin dar la menor señal de dolor. Atónito Porsena y desesperado de vencer con ningun castigo la resistencia de un hombre que se imponia à sí mismo uno tan terrible por un yerro involuntario , mandó retirarlo del fuego, y ponerlo en libertad. Scebola que en tan terrible conflicto no habia perdido de vista el objeto de libertar á su patria, y que buscaba algun arbitrio para que la equivocacion que habia padecido no hiciera inútil su viage, le dixo entónces : *Ya que conoces el mérito de la virtud, no quiero que me culpes de ingrato. Sabe que trescientos jóvenes romanos han jurado delante de los Dioses quitarte la vida en medio de tus guardias, ó perecer todos en la demanda.* Aterrado Porsena con la idea del peligro oculto que le amenazaba, levantó el sitio , y Roma debió su libertad á la serenidad con que Scebola combinó sus acciones y sus palabras. Este exemplo prueba quanto vale la reflexiön en los pe-

ligros , y quantos recursos se pueden encontrar con ella para reparar las mayores desgracias. De ella proceden muchas veces los hechos maravillosos en que se despliega toda la energía del corazon , quando solo un arrojo y firmeza extraordinaria puede asegurar el logro de una empresa. La heroica resolucion de Velarde y Daoiz en la defensa del parque de artillería de Madrid el 2 de mayo de 1808 : la salida de Gerona del general O-Donell en octubre de 1809: y el combate de la fragata Leocadia , mandada por el general VVint-huysen son exemplos dignos de presentarse para la imitacion de todos los militares que quieran asegurar, á pesar de todas las dificultades, la victoria y la gloria de las armas.

El valor mas extraordinario será una cualidad perjudicial si no está cimentado en la virtud , y si lejos de emplearse en proteger á los hombres y en defender sus derechos , sirve solo para violarlos. En efecto ¿qual es el mérito real de

las proezas verdaderas ó falsas de Alexandro? Su memoria se conserva entre los hombres del mismo modo que dura y excita su admiración la de una tempestad, de una peste ó de otra calamidad semejante. ¿El valor que despliegan los franceses para sujetarnos al dominio de su tirano es semejante al de los gefes y soldados españoles, que con tanta constancia combaten por preservar á sus conciudadanos del yugo que los amenaza? Compárelos el que quiera, y conocerá la verdad de aquella sentencia de Caton : *Hay mucha diferencia de amar la virtud á menospreciar la vida.*

DE LA GRANDEZA DE ALMA.

La grandeza de alma consiste no solo en el valor, sino tambien en la justa confianza que el talento y las facultades morales y físicas inspiran para emprender ó soportar qualquiera cosa que sea necesaria para el cabal desempeño de nues-

tro deber. Es la virtud que sostiene al hombre no solo en los peligros que excitan el valor con la idea lisonjera de haberlos superado, sino en las desgracias mas terribles, y aun en la misma prosperidad, para que ni aquellas abatan su ánimo, ni esta obscurezca su propio mérito. En efecto, ¿quien juzgará á Bonaparte digno del puesto que ocupa quando le vea arrebatado de una pueril é indiscreta alegría, mostrar á sus cortesanos las cartas del emperador de Rusia, hacerles notar las expresiones y complacerse leyéndolas del mismo modo que un niño con vestido nuevo? ¿Quien no ve con asombro á Ciceron, aquel hombre que sostuvo con tanta firmeza los derechos del pueblo romano, que no temió á Catilina, ni á Clodio que se jactaba de ser el conservador de la república; quién, digo, no lo ve con asombro abatirse hasta el último punto, no hallar consuelo en su destierro, adular á los opresores de la mis-

ma república , y olvidar la gloria en cuyo amor dice que se abrasaba? Pero ; quan diferente de estos es Epaminondas , este héroe que aparece en la prosperidad superior á la fortuna , y cuya gloria no puede obscurecer la desgracia! La pomposa embaxada del Rey de Persia no podia satisfacerle mas que el conocimiento de su mérito , y así lejos de envanecerse con ella , rehusa admitirla. Encargado de la policía y aseo de las calles de Tebas, dice á sus amigos que se condolían de que por la envidia de una faccion se viese en un empleo tan poco correspondiente á sus servicios y al supremo mando que acababa de exercer : *No teneis por qué compadecerme : qualquiera empleo que yo tenga , será el mas brillante de la república.* Este , teniendo dentro de sí mismo el móvil de sus acciones , obra siempre de un mismo modo , y se muestra siempre grande, á la cabeza del estado, en el retiro, ó perseguido como reo. Aque-

llos movidos por la perspectiva de la gloria, ó tal vez por el orgullo de superar grandes obstáculos, son grandes quando las circunstancias los hacen elevarse sobre su propia esfera. Así el Ciceron que frustró los proyectos de Catilina, y lo aterró con su elocuencia, no es el orador que defendió á Marcelo; ni el Napoleon que teme y pide socorro al encuentro imprevisto de una muger en los corredores de su palacio, parece el hombre que tiene la osadía de decir que Dios le ha dado la voluntad y el poder de dar leyes al universo.

La grandeza de alma es la perfeccion del valor y la salvaguardia del honor, porque extiende aquel á todos los lances de la vida, y hace que en todos conservemos el derecho de estimarnos y de ser estimados. No basta que los militares tengan valor para exponer su vida en los peligros; lo necesitan tambien para no desfallecer en ocasiones en que la gloria no se presen-

ta en el primer término del quadro; quando las circunstancias de la guerra obligan á tomar medidas que excitan quejas y resentimientos: quando para asegurar el logro de alguna empresa conviene contemporizar, retirarse, ó executar movimientos que la ignorancia y la malicia hacen ceder en su descrédito, y que en lugar de alabanzas, le granjean censuras que ofenden su pundonor, y que ocultando el mérito de su conducta, le privan de la satisfacción de que sus esfuerzos y sacrificios sean reconocidos. La esperanza del premio suele tambien estimular á muchos que desmayan quando la ven frustrada por algun acaso. Esta contradiccion se notará en los militares siempre que desatendiendo el noble objeto de su profesion, no busquen en ella otra cosa que sus ascensos, ú obren solo por el atractivo de la alabanza. Su espíritu, reducido á tan pequeña esfera, se exaspera con la menor injusticia, se abate con la des-

gracia, y se embriaga con la prosperidad; y solo arrastrado de un temor servil ó de un vil interes manifiesta ciertas virtudes si pueden merecer este nombre, siendo efecto del acaso, y no de adhesion á su deber. De aquí tantas quejas, de aquí el tedio con que muchos miran su profesion quando no obtienen las recompensas que creen merecer: de aquí la baxa envidia con que para destruir la reputacion de los otros se procura malograr las empresas: de aquí la dificultad de combinar operaciones, y de ayudarse recíprocamente por la gloria de las armas: y de aquí, finalmente, el cúmulo inmenso de errores que los extravían del verdadero camino de la gloria, y no les dexan gozar el premio mas dulce de sus esfuerzos y sacrificios. Quando el móvil de nuestras acciones es el ardiente deseo de cumplir nuestros deberes, ni la envidia, ni la maledicencia, ni las injusticias de los hombres, ni las mas terribles desgracias pueden privarnos del co-

nocimiento de nuestro mérito, ni destruir la esperanza de que su mismo brillo rompa las densas sombras que lo ocultan. Los militares deben mirar la gloria como resultado de sus acciones: resultado no ménos cierto quando despliegan su valor para destrozarse á los enemigos en el campo de batalla, que quando menospreciando la envidia y la maledicencia, preparan el triunfo á su patria dilatándose á si mismos el goce de esta hermosa recompensa de la virtud.

Es preciso muchas veces que el sufrimiento, la paciencia, y otras virtudes obscuras nos lleven á ella. Llamo obscuras á estas virtudes, porque realmente son ménos brillantes que otras, no porque sean ménos gloriosas, ni porque supongan ménor mérito en el que las ejerce, pues para practicarlas es necesario un espíritu ilustrado, y una heróyca resolución de sacrificarlo todo al cumplimiento del propio deber. El que titubea quando la gloria no se le presenta con todo su brillo, y aparece

como eclipsada por la desgracia, ó quando su mismo deber exige que se desentienda de ella, no es ménos débil é indiscreto que el que pierde á su hijo por no refrenar las emociones de su cariño. Nada digo de aquel que porque no logró un ascenso que se prometia, abandona la carrera, desmaya ó profiere quejas que debilitan en los demas el respeto debido á los gefes y el amor al servicio, pues está tan léjos de manifestar entereza, y de lavar lo que llama agravio que manifiesta poquedad de espíritu y una absoluta ignorancia de lo que constituye el verdadero mérito. La gloria, vuelvo á decirlo, es resultado cierto de la virtud: esto es, de la conformidad de nuestras acciones, con lo que nuestro deber exige en la situacion en que nos hallamos. Así no es ménos admirable Padilla animando con sus palabras y con su exemplo á los demas comuneros en Villalar, que exhortando á su compañero á sufrir con resignacion la muerte en el cadal-

so : *Señor Juan Bravo*, le decía, *ayer fue día de pelear como caballeros, y hoy lo es de morir como cristianos.*

DE LA PACIENCIA.

De la fortaleza de alma procede tambien la paciencia tan necesaria en los militares para soportar las fatigas y penalidades inseparables de la carrera. Con ella se evitan los perjuicios que ocasionan las quejas inútiles que sin suavizar los males, abaten el animo y son causa de los mayores desórdenes. Acaso no habrá en el servicio militar cosa que produzca peores efectos que estas quejas quando las profieren oficiales ó gefes. La paciencia endulza los males inevitables, inspira ánimo y alegría á los soldados en los mayores trabajos quando ven á sus gefes sufrirlos con paciencia. La paciencia es tambien en muchas ocasiones el único recurso para proporcionar los triunfos ó asegurar el ho-

nor de las armas. En una retirada es indispensable que á la buena disposicion de las marchas y á la destreza en los movimientos acompañe el sufrimiento de las fatigas é incomodidades que ocasiona, pues de su falta nace el desórden de las tropas, atrasarse la marcha y perderse mucha gente, que podria salvarse y combatir con ventaja en mejor situacion. En una plaza sitiada el sufrimiento de las privaciones y miserias que son consiguientes, da tiempo para que pueda ser socorrida ó libertada, prolonga la defensa, obliga al enemigo á esfuerzos costosos, trastorna sus planes, ó proporciona á lo ménos una capitulacion honrosa que minora en partes los perjuicios de su pérdida. ¿Quantas ventajas hubieran resultado á la nacion si todos las plazas que han tomado los franceses, hubieran imitado á Zaragoza y Gerona? ¿Quantas si en las retiradas... pero no es necesario apelar á recuerdos tristes de nuestras desgra-

era para convencerse de la necesidad que los militares tienen de sufrir con resignacion los trabajos y penalidades inseparables de su carrera. Basta considerar que la impaciencia, lejos de aliviar los males, los aumenta, y que no hay mal mayor que no poder sufrir ninguno. La suerte conduce al que se conforma con ella, y arrastra al que rehusa seguirla.

DE LA ACTIVIDAD.

La actividad es una qualidad del hombre destinado por la naturaleza para trabajar en su propia felicidad. El fastidio que causa la ociosidad es el estímulo con que el sábio autor de la naturaleza nos excita continuamente á la accion, y la actividad es una virtud quando produce amor al trabajo útil, y una habitual inclinacion de contribuir con él al bien de la sociedad. Este amor á los ocupaciones útiles hace preferirlas á las que muchos se forjan

á si mismos para substraerse á la fatiga, y evitar el disgusto mortal de la ociosidad. Parece increíble que hombres destinados por la naturaleza á la accion, y para los quales nada es mas intolerable que el continuo reposo, hayan inventado tantos modos de ocuparse sin hacer nada, sin mas objeto que pasar el tiempo; pero prescindamos de las reflexiones á que da márgen este extravío de la razon que hace zánganos de la sociedad á muchos que serian abejas industriosas si emplearan su actividad en otros objetos.

La aversion al trabajo que ocasiona muchos males á la sociedad, en la milicia es infinitamente mas dañosa. Que el labrador, el artesano, el comerciante abandonen sus tareas, es perjudicial para el estado, que reporta de ellas muchas ventajas; pero si el militar abandona las suyas, es infalible la pérdida de los bienes mas apreciiables de la sociedad, que los ha destinado para asegurarla su goce. Encargados por ella de la de-

fensa de sus derechos, y consagra-
 dos por su profesion á tan alto obje-
 to, no pueden sin delito descuidarse
 en cosa alguna que pueda contribuir
 á su logro. Consideren el cúmulo
 tan grande de qualidades morales
 y físicas que tienen que adquirir pa-
 ra ello, particularmente los oficiales
 y gefes, quan basta instruccion, quan-
 ta exáctitud de ideas, qué discerni-
 miento tan justo para aplicar oportu-
 namente las reglas á los casos par-
 ticulares, qué conocimiento tan pro-
 fundo del hombre para manejar á
 sus subalternos, qué vigilancia tan
 continua para asegurarse del cum-
 plimiento de sus órdenes, para pre-
 venir todos los accidentes que po-
 drian dificultarlo, y se convence-
 rán de la necesidad que tienen de
 fomentar en sí el amor al trabajo, y
 de trabajar incesantemente. El ge-
 neral Ballesteros notó en cierta oca-
 sion que algunos oficiales permane-
 cian en su casa mucho tiempo des-
 pues de haberle dado parte de las
 novedades de sus regimientos, y les

preguntó *¿que hacian allí?* Pasar el rato , respondieron , porque ahora nada tenemos que hacer. Me parece , dixo el general , que si vds. lo piensan bien , encontrarán tanto , que les faltará tiempo para atender á todo. Yo no creo posible que un oficial pueda estar dos horas ocioso sin fallar en algo á su obligacion. Tenia razon este general , cuya vida es la prueba mas convincente de la actividad que debe tener todo militar que quiera cumplir sus deberes , y un modelo de la verdadera actividad militar. Esta debe ser universal , y en esto se distingue de las de las otras clases. Un labrador basta que la tenga en los trabajos del campo , aunque le falte para el bufete. El comerciante basta que sea activo en su escritorio , aunque no lo sea para los ejercicios corporales ; pero el militar debe ser activo para todo , y su descanso apenas puede ser otro que mudar de trabajo. Hay oficiales activos en un dia de batalla , y que se entregan

al ocio en los demas : los hay infatigables en el bufete , y á quienes incomoda montar á caballo y otros ejercicios violentos : los hay activos para la instruccion de la tropa , y que miran con tedio los cuidados económicos , que tanto contribuyen para mantenerla en buen estado. Esta actividad parcial mas bien es efecto del temperamento , que de amor al trabajo , y es siempre insuficiente.

La victoria debe ser el objeto principal de los militares , y esta no se consigue con esforzarse en el momento de la accion. Un largo estudio , una gran combinacion deben precederla. La instruccion de la tropa que es obra de los gefes y oficiales , es la que lleva á efecto las disposiciones del general. El conocimiento que los oficiales tienen de sus soldados , contribuye muy particularmente á mantenerlos en órden , y á animarlos en el peligro , ya sea que este conocimiento hace temer á los mal conceptuados y estimula á los beneméritos , ya porque en ge-

neral inspira confianza en los oficiales que la tropa ha llegado tambien á conocer y estimar por el asiduo cuidado con que han procurado su instruccion y bien estar. Los planes mas bien concertados y las mejores disposiciones de la tropa no pueden tampoco aprovecharse sin que el armamento, vestuario y equipo necesario para la ofensa y defensa y para la comodidad del soldado, se hallen constantemente en buen estado de servicio, y no lo estarán sin que los oficiales desciendan á los pormenores económicos de sus cuerpos y compañías. Véase, pues, quan importante es la universalidad de la actividad de los militares, que no puede sin graves perjuicios limitarse á un solo objeto ó á una sola clase de ocupaciones. A algunos parecen poco importantes estos cuidados minuciosos, y los abandonan á los sargentos y cabos, exerciendo á lo mas en esta parte una aparente inspeccion. De ellos no obstante depende que los vicios no cundan ni

se arraiguen en los soldados : que esten bien mantenidos y pertrechados , y que reyne el régimen interior tan necesario para mantener la dependencia y subordinacion de unas clases á otras , y para que los fondos destinados al entretenimiento de la tropa se distribuyan con la mas escrupulosa legalidad y economía. Desatender estos objetos es desatender los cimientos con que se ha de executar la obra. De su abandono resulta la desorganizacion é insubordinacion de las tropas , y la disipacion de fondos , que ni mejoran su suerte , ni las ponen en estado de obrar ; disipacion que ha dado motivo á tantas quejas en esta época en que los sacrificios de los pueblos para mantener los ejércitos y el estado de la nacion exigen que la mas exácta economía utilice los medios que se proporcionen , y que un celo ingenioso los engrandezca , por decirlo así.

Los prodigiosos efectos de este celo los manifiesta la experiencia de

cuerpos mejor abastecidos que otros ménos numerosos con unos mismos recursos. Véase aquí la razon porque la actividad de los oficiales debe ser universal, pues no hay nada en la milicia por pequeño que parezca que no contribuya á facilitar la victoria, del mismo modo que la buena disposicion de todas las ruedas de un relox á que mida el tiempo con exáctitud. El general Ballesteros, á quien pudiera citarse como modelo de otras muchas virtudes, lo es de esta, empleándose con el mismo ardor y celo en la combinacion de los planes, que en los detalles mas pequeños de la mecánica del soldado. Su actividad se comunica á los subalternes, á quienes dirige siempre el exemplo de los gefes, y mantiene en el mejor estado posible los cuerpos de su division. El impulso general que da á todos el conocimiento que tiene del estado de cada cosa, le facilita el logro de muchas empresas que se malograrian si su vigilancia fuera

menos extensa. A ella debe la conservacion de muchos soldados beneméritos que habrian perecido en San Martin de Trevejos, y que perecerian todos los dias en los hospitales. A ella debe la rapidez de sus marchas, y à ella no menos que á su valor y pericia militar, la victoria de Aracena, la de Castillejos, la maravillosa sorpresa de la Palma, y sus demas triunfos. Pudiera para comprobar todavia mas la necesidad de esta actividad citar exemplos de algunos generales, que faltos de ella, no han obtenido los resultados que podrian prometerse de su talento, de su instruccion, y de otras muchas virtudes que los caracterizan; pero no queriendo constituirme censor, me limitaré á recordar el del duque de Vandome. Este general, conocido por sus gloriosas campañas en la guerra de sucesion, poseia casi todas las virtudes y qualidades que constituyen un buen general; pero su negligencia, que le impedia meditar profundamente los planes y

descender á los detalles, le puso muchas veces en la precision de trastornar sus mismos proyectos, y de aventurar acciones no para batir al enemigo, sino para no ser víctima de su descuido: acciones siempre costosas, y en las quales los esfuerzos que podrian salvar á una nacion, sirven solo para enmendar las faltas de un individuo.

La actividad tan necesaria para la felicidad de las armas, es particularmente útil para los que la tienen. A ellos pertenece la gloria de los sucesos: ellos se grangean el amor y la confianza de los subalternos, á quienes nada agrada tanto como ver á sus gefes descender á los pormenores que les tocan individualmente asistir á todos los actos del servicio, y vigilar por sí mismos sobre el cumplimiento de sus órdenes. Este amor del soldado proporciona recursos en los mayores apuros: lo une íntimamente con sus gefes: evita las quejas: le hace tolerar con gusto las mas duras privaciones,

y arrostrar con valor y confianza los mayores peligros. Por otra parte, el que ama el trabajo, procura instruirse, y adquiere cada día nuevos conocimientos que le facilitan el cumplimiento de sus deberes: le ofrecen medios desconocidos para los demas: engrandece su espíritu, y se hace acreedor á los primeros empleos de la milicia. El que ama el trabajo, evita el mortal fastidio de la ociosidad en muchas ocasiones en que el estudio le ocupa útil y agradablemente: evita el terrible mal de la ignorancia que mantiene al hombre en una infancia perpetua, en una inexperiencia vergonzosa, y en una estupidez que le hace inútil para sí mismo y para los demas. La actividad, destruyendo la ignorancia, ofrece siempre medios para emplear útilmente el precioso tiempo, sin desperdiciarlo en fútiles ocupaciones, en diversiones perjudiciales ó en los criminales placeres, que suelen ser el triste recurso á que los ociosos apelan para libertarse del dis-

gusto que los persigue. Quejándose un gran señor de la continua melancolía que lo devoraba, le dixo un labrador que lo escuchaba: *Señor, eso consiste en que para V. E. todos los dias son domingos.*

DE LA HUMANIDAD.

Seria por demas detenerse á probar la necesidad de esta virtud, que la religion recomienda como la mayor de todas, y que le naturaleza misma ha grabado en el corazon de todos los hombres. No hagas á otros lo que no quisieras que te hicieran á tí, es la ley eterna por la qual el hombre que la necesidad ha, reunido con sus semejantes, contribuye á su felicidad, y tiene derecho á sus auxílios. Este estímulo de la necesidad que cada uno tiene de los socorros de los otros, y que le impele al exercicio de esta virtud, es ménos sensible para aquellos que por un error funesto para ellos mismos y para la socie-

dad creen no necesitarlos. Los hombres elevados á cierto grado de prosperidad, ó colocados en cierta situación, miran con indiferencia la suerte de los demas, ó solo se interesan en la de aquellos que juzgan necesarios para la conservacion de su fortuna. De aquí tantas predilecciones exclusivas como reynan entre los individuos de una misma familia, de un pais, ó de una corporacion. Abandonemos esos seres orgullosos á la vana confianza de su poder: abandonemos esas almas pequeñas á los recursos que les faciliten sus mezquinos afectos, y que una dolorosa experiencia les haga conocer, que limitando á sí su benevolencia, se privan del afecto de todos los demas hombres, y destruyen el mas sólido apoyo de su felicidad. ¿De que sirvió á Godoy el poder de Cárlos IV.? ¿De que el afecto de este monarca ni el de la infame turba interesada en sostenerle? Que este hombre no cuidara de hacerse amar, que no fuera

amado, nada tiene de extraño, siendo su ánimo posponerlo todo á su fortuna; pero ¿como puede concebirse que un militar, consagrado á la defensa de sus conciudadanos, no cuide de grangearse su afecto? ¿Como puede no amar á aquellos mismos que defiende? ¿Como arriesgando su vida por todos sus conciudadanos, puede circunscribir su afecto á sus compañeros, y menospreciar á aquellos mismos de quienes se gloria de ser defensor? Confieso que no lo entiendo, ni entiendo como algunos limitan todavía su aprecio al cuerpo en que sirve, ò á clases determinadas, ni como teniendo tanta necesidad de ayudarse recíprocamente unos á otros no se miran todos como hermanos, y hay entre ellos quien agrave el rigor necesario de la disciplina tratando á los demas con una dureza y altanería mas insoportable que los trabajos mas penosos de la carrera. Si el aislamiento en que viven, la severidad de sus leyes, la frecuencia de los

castigos para mantener el órden y subordinacion , los combates y el mismo orgullo que inspira la victoria parece que contribuyen poco á fomentar esta virtud, la exàcta conformidad que debe reynar entre sus sentimientos y su conducta con el objeto de su instituto , la necesidad que cada uno tiene de los auxîlios de sus compañeros y de los de todos los ciudadanos , son motivos suficientes para arraigarla en sus corazones ; esto aun quando las dulces emociones de esta virtud no fueran necesarias para experimentar en las terribles escenas de la guerra el consuelo de minorar los males que acarrea este arbitrio necesario muchas veces por desgracia. Que vean á esos atroces satélites de Bonaparte quando la adversidad disipa el ciego frenesî con que violando todos los derechos de los hombres, incendian , roban y asesinan cobardemente á los mismos rendidos ; que los vean , digo , reduci-

dos á procurar en vano á costa de las mayores baxezas y humillaciones grangearse la compasion de los vencedores , y recuperar los derechos que perdieron por su inhumanidad.

¿ Qual seria la suerte de los guerreros , si traspasando los limites que el derecho de gentes pone á la ofensa y defensa de las naciones que apelan á las armas para decidir sus querellas , los exércitos como quadri-llas de lobos rabiosos desconocieran la humanidad , y no la encontraran en sus mismos enemigos ? Por fortuna la cultura ha hecho á los hombres sentir la voz de la humanidad entre los mismos horrores de la guerra : ha sujetado las tropas á una severa disciplina , las ha constituido objeto del amor y reconocimiento de sus conciudadanos , cuyos derechos respetan y defienden. Por fortuna la virtud , protectora de la humanidad , dirige la mano de los guerreros en el combate , y la extiende generosamente á los vencidos.

La humanidad al mismo tiempo que no repugna que los militares pongan en práctica todos los medios necesarios para repeler una agresión injusta, y para conservar ilesos los derechos de su nación, los estimula á minorar quanto es posible las calamidades de la guerra. Ella enjuga las lágrimas que los triunfos cuestan siempre, grangea las alabanzas, las bendiciones y el amor de los mismos vencidos, y hace grata la memoria de los guerreros. Ella hizo á Enrique IV vencedor y padre de sus vasallos. ¿A quien no encanta mas la generosidad de este héroe en procurar subsistencias á los parisienses, que su valor quando aseguraba á sus soldados que para saber donde habia mayor peligro en los combates, miraran á su plumage blanco?

Todo hombre verdaderamente grande, considerando la humanidad como base de todas las virtudes, será justo, benéfico, generoso, indulgente con sus iguales, áfable con

los inferiores, y terrible solo con los enemigos de su patria, mientras se hallan en estado de poderla dañar. Lejos de prevalerse de sus talentos ó de qualquiera otra ventaja en contra de los demas, se complacerá en serles útil, y mirará como perdido el dia que no haya hecho bien á nadie. Quando el interes de su patria le obligue á exercer los terribles derechos de la guerra, la humanidad brillará entre los mismos estragos que cause su esfuerzo. Donde quiera que hay hombres, dice Séneca, puede exercitarse la beneficencia. Tito la exerció en el mismo acto de condenar á muerte á un reo, quando exclamó: *Oxalá y no supiera yo escribir.* ¿Podrá, pues, juzgarse incompatible con los deberes de los militares? Al contrario, nadie tiene ocasiones mas oportunas para ejercerla. En los aloxamientos, en las exâcciones de viveres y bagages pueden sin perjuicio del servicio (que debe preferirse á todo) evitar á sus paisanos los males que les cau-

sa cada dia la increíble dureza de algunos, que mas bien parecen enemigos que sus defensores. A los oficiales y gefes presenta tambien un campo muy basto el cuidado de los soldados, á quienes pueden proporcionar mil ventajas, sin relaxar en nada el rigor de la disciplina, interesándose en su suerte, visitándolos en los hospitales, animándolos en los trabajos, y manifestándoles un paternal cariño, perfectamente conciliable con el respeto y ciega sumision en que deben mantenerlos. ¿De quantas calamidades no pueden libertar á los pueblos que son teatro de la guerra? ¿Quanta generosidad no pueden usar aun con los mismos enemigos? Los mas ilustres guerreros han dado pruebas de humanidad en el mayor ardor de los combates. Enrique IV gritaba á sus soldados para que perdonarán la vida á los franceses, y lo mismo hizo Jacobo II, Rey de Inglaterra, en la batalla de la Boyne. Gonzalo, de Córdoba, despues de haberse a-

poderado de Nápoles por asalto , decía á los soldados que clamaban en aquellos primeros momentos por el saqueo : *Id á mi alojamiento , tomad todo mi equipage ; pero respetad las casas de los vecinos de Nápoles.* Pedro Bayardo , émulo de las glorias de nuestro gran capitan , se distinguió por su humanidad no ménos que por su bizarría , que le adquirió el renombre de *Sin-miedo*. En la toma de Brescia , reservó del saqueo una casa donde se hallaba curándose de las heridas que habia recibido durante el sitio. A su partida le regaló el ama de la casa tres mil ducados en señal de su agradecimiento, cuyo presente se negó á admitir, hasta que causando con su resistencia pesar á aquella muger reconocida, se resolvió á aceptarlo. Entonces llamó dos señoras , y les entregó aquella suma con mas dos mil ducados que puso de su caudal , encargándoles que la distribuyeran entre los vecinos que mas hubieran padecido en el saqueo. Aun es mas admirable la

conducta que poco despues observó en Grenoble. Enamoróse allí de cierta jóven, á quien su madre obligó á presentarse á Bayardo, estimulada de su extrema indigencia. Luego que esta virtuosa muchacha se vió en su presencia, se postró á sus pies, y le dixo: *Señor, espero que no abusareis de la desgracia de una infeliz, de quien vuestra virtud debe haceros protector.* Sus palabras penetraron el corazon sensible de aquel heroe, que no solo respetó su honestidad, sino que le dió una considerable suma para sacarla de la necesidad que la habia puesto en aquel conflicto.

Seria conveniente contraponer ahora á los dulces efectos de la humanidad los horribles de la crueldad y fiereza, y de este modo brillaria mas aquella, apareciendo esta con todo el horror con que debe presentarse á los hombres. Pero baste recomendar á aquellos que ni por los sentimientos de su corazon, ni por las reflexiones indicadas, ni

por el exemplo de tantos heroes , conozcan todo el mérito de la humanidad, que comparen á Alfonso XI, Rey de Aragon , con Cárlos , duque de Borgoña , llamado el atrevido , y la horrible conducta de este en el sitio y toma de Gronson , con la de aquel en el de Cayeta. Comparen á Enrique IV proporcionando víveres á los vecinos de Paris , con Napoleon , quitando con veneno la vida en los hospitales de Jaffa á millares de soldados que habian derramado su sangre por la gloria de su bárbaro General, sin mas objeto que desembarazarse de ellos. ¡ Ah ! si la humanidad no asemejara á los hombres á la divinidad , si solo sirviera para que no se transformaran en monstruos como Napoleon , seria la mayor , la mas necesaria de las virtudes.

Todo militar que no quiera manchar el lustre de sus acciones con la fea nota de inhumanidad y fiereza, debe estar imbuido en el principio de que la guerra no autoriza el ri-

gor y la dureza sino en quanto es necesario para asegurar el éxito de las operaciones , el qual ha de procurarse á costa de los menores males posibles de las tropas que manda, de los pueblos que defiende , y aun de los enemigos que son el objeto ó teatro de las hostilidades. Así gozaron de la gloria de sus armas , y del placer de enxugar las lágrimas de tantos infelices los héroes que he citado , y tantos otros como pudiera citar. Así fueron por sus proezas y su humanidad objeto de la admiracion , del aprecio y de la gratitud eterna de todos los hombres.

DE LA SUBORDINACION.

La subordinacion de las tropas es absolutamente necesaria para conseguir el objeto de su instituto. Sin ella los exércitos serian masas informes , compuestas de partes eterogeneas , sin union entre sí , y cada soldado abandonado á sí mismo, no podria contar para nada con el

auxilio de los demas. Las pasiones discordantes , la voluntad , el capricho , el interes personal turbarian á cada paso el órden , y destruirian la armonía que debe reynar entre todos los individuos que los componen. La autoridad de los gefes y la obediencia de la tropa á sus órdenes , es lo que asegura la cooperacion de todos á un mismo fin , y forma de los exércitos un solo cuerpo animado de un mismo espíritu , y dirigido por una misma voluntad. Ninguna clase , ningun individuo por privilegiado que sea , debe eximirse de la subordinacion , que es el lazo que los une á todos ; y del mismo modo que los soldados á sus oficiales , deben estos obedecer á sus gefes inmediatos , que por su parte han de estar subordinados á los suyos , y todos á la ordenanza , tanto para el puntual desempeño de las obligaciones que les impone , como para el mismo ejercicio de su autoridad. Así reynará una perfecta vigilancia de unas clases á otras : ca-

da gefe tendrá expedito el uso de sus funciones: se establecerá una gradual responsabilidad; y la tropa, viendo las leyes militares obedecidas y respetadas por los mismos gefes, se someterá gustosa á la mas exácta subordinacion.

El individuo que no obedece la ley general, ó á la autoridad encargada de su execucion, rompe la union y dependencia que debe reynar entre todas las partes del cuerpo moral que compone un ejército, en el qual del mismo modo que en el físico, todas deben dirigirse por una sola voluntad. Esta voluntad es lo que en el órden civil se llama ley, y en el militar ordenanza; y lo es tambien la de aquellos gefes á quienes la misma ordenanza impone la obligacion de dirigir las acciones de los demas. El general en gefe de un ejército obedece á la ley quando manda, igualmente que el soldado que executa sus órdenes, y se inobediente si no fuerza á todos sus súbditos á obedecerle. Lo que

he dicho de este gefe supremo puede aplicarse á los demas que exercen autoridad en la milicia. La ley les manda obedecer á sus gefes respectivos , les manda obligar á sus subalternos á que los obedezcan , les manda hacerse obedecer y respetar á sí mismos en el exercicio de la autoridad que les concede ; y les prohíbe consentir en ningun caso que sus órdenes , ó las que los gefes superiores les comuniquen , queden ilusorias. Obedezcan á la ley, y todos sus súbditos estarán sumisos á ella misma. Lo estarán ciertamente , contenidos por la autoridad de los xefes , si por debilidad no dexan de hacerla respetar en los actos mas indiferentes , y si ellos mismos dan con su celo exemplo de una ciega obediencia , de una inviolable adhesion y respeto á la misma ley. El exemplo de un gefe exácto en el cumplimiento de sus deberes es el medió infalible para que los subalternos lo sean , y da á su autoridad un grado de fuerza á que

no es posible resistir; pero si se dispensan de su cumplimiento, ¿de que sirve su autoridad? Si nada hacen, son inútiles. Si no ejercen sus funciones con exáctitud y puntualidad, entorpecen el movimiento de la máquina. Si no obedecen á sus superiores, son perjudiciales, y si substituyen á la voluntad de aquellos ó al tenor de la ley la suya propia, destruyen la unidad de accion, infringen la ley, y ejercen un poder injusto. Así que la universalidad de la subordinacion es absolutamente necesaria para unir los diferentes grados de la milicia, y para que todos concurren á un mismo objeto con el puntual ejercicio de sus funciones.

Todos los militares han de mirarse como hermanos unidos por los vínculos de un mismo interes, y sujetos á las leyes que la patria como madre universal les ha impuesto para su bien estar, para aumentar con la concurrencia de la fuerza de todos la individual de cada uno, pa-

ra que los unos contribuyan á la seguridad de los otros, y para asegurar el éxito de sus operaciones, que es el principal objeto de su reunion. El general, el oficial particular, el soldado, todos están sujetos á estas leyes. La superioridad de grados, la dependencia de unos á otros no está establecida sino para la utilidad comun de la asociacion militar y del estado. La gerarquía militar (si puede darse este nombre á los empleos que solo varían en el objeto y extension de sus funciones), no debe mirarse como depresiva de las clases inferiores, sino como necesaria para el órden. Como tal la razon y la voluntad de los subalternos debe amar y respetar la autoridad de los gefes, que léjos de degradarlos, les es ventajosa. Los gefes por su parte deben hacerla amar, porque si la hacen odiosa, disolverán los lazos que los unen con sus súbditos en vez de estrecharlos. El gefe que desprecia á sus subalternos es aborrecido de ellos, y si la

voluntad de los que obedecen se halla siempre en oposicion con la autoridad que los dirige, opondrá una resistencia que vencerá al fin, ó que á lo ménos disminuirá mucho los efectos de la fuerza que se emplee para conducirlos.

La dureza en el mando es un error, es una injusticia que exaspera á seres razonables, sin obtener de ellos otros esfuerzos que los que violentamente les arranca; al paso que la dulzura los estimula á ejecutarlo todo por satisfacer los deseos de un gefe á quien aman y de quien creen ser amados. La afabilidad contribuye tanto como las penas mas terribles á establecer la subordinacion, y puede hacerla una virtud que dirija siempre las acciones de los soldados, que entónces estarán perfectamente subordinados, quando el temor del castigo y los sentimientos de su corazon los impelan á obedecer. No se crea que son estas teorías filantrópicas impracticables en la milicia. Trato de la subordina-

cion como de una virtud, y en este concepto propongo las razones porque debe adoptarse, é indico los medios que pueden facilitar su adquisicion, y tomo por base la misma ordenanza, que encarga y recomienda tanto como la firmeza, la prudencia y suavidad en el mando. El exemplo de los cuerpos de guardias y de los demas en que por sus privilegios es tratada la tropa con cierto decoro y consideracion, es una prueba evidente de que este trato decoroso no destruye la subordinacion de la tropa, y que es el mas conveniente para establecerla y grabarla en el corazon de unos hombres tan sensibles como los españoles al estímulo del pundonor.

Ni se entienda que la dulzura de que hablo consiste en condescendencias ó en disimulo de ciertas faltas, pues en este caso nada seria mas perjudicial. La suavidad en el mando no puede tener lugar mas que en el modo, y de ninguna manera en la execucion de lo que se manda,

que debe exígirse con el mayor rigor y escrupulosidad. La firmeza en el mando, y no el modo, es lo que hace respetable la autoridad, y ciertamente que el soldado no dexará de obedecer por la afabilidad de sus gefes, como jamas llegue impunemente á desobedecerlos, ni le contendrá la dureza de los modales, si no le contiene la irremisible aplicacion del castigo. Este debe seguir inmediatamente á la inobediencia, y para ello la ordenanza no solo establece penas, sino que encarga la celeridad de los procedimientos criminales, autorizando la imposicion de penas arbitrarias para que ni el menor acto de insubordinacion quede impune; no siendo tan perjudicial esta arbitrariedad como que se falte en lo mas mínimo á la subordinacion que debe arreglar las acciones mas indiferentes de las militares.

La subordinacion por sí sola suople en cierto modo la falta de otras qualidades esenciales de la tropa, y sin

ella todas son inútiles. Un soldado cobarde no atacará ciertamente con aquel ardor y energía que uno valiente ; pero si obedece , marchará al enemigo , maniobrá oportunamente , permanecerá firme en su puesto , y contribuirá mas al feliz éxito de una accion , que otro por mas valiente que sea , si desatendiendo las órdenes de sus gefes , se precipita por su mismo valor , trastorna el órden , no coopera á la execucion del plan general , ó compromete tal vez con su ciego arrojlo la seguridad de los demas. Todas las acciones de los militares deben por lo tanto ser dirigidas por la obediencia. El que abandona su puesto para cargar al enemigo es tan culpable como el que huye en el combate. El duque de Alba respondió á su hijo , que le instó muchas veces para que le permitiera atacar al príncipe de Orange que tenia á su frente : *que se abstuviera de instarle mas acerca de atacar al enemigo , porque le costaria la vida á él*

y al que se encargara de tal mensaje.

El mismo mandó quitar la vida y poner el cuerpo en la plaza de Malinas por donde habia de pasar su tercio, á un soldado que no quiso obedecer á un sargento que le mandó apartarse de la formacion y seguirle. Cárlos V condenó á muerte á otro por haber salido fuera de las líneas á batirse con un aleman, que todos los dias se presentaba á desafiar á los españoles á singular batalla; y aunque le perdonó, tan lejos estuvo de premiarle por el feliz resultado de su combate, que le retiró del servicio. Es bien sabido el caso de M. Torquato, que condenó á muerte á su propio hijo por haber combatido fuera de las filas, y lo es el de F. Ruliano, general de la caballería, azotado con varas á presencia de las legiones romanas por haber atacado sin órden del dictador. Estos exemplos de severidad que han dado tantos grandes generales antiguos y modernos, y otros no ménos notables de obediencia que

pudiera citar, como el de Cárlos V, que obedeciendo al marqués del Basto, se situó en el centro del ejército con las banderas, y el de Pedro el Grande, que corrió todos los grados de la milicia, sometiéndose á sus respectivos gefes, prueban la necesidad de la ciega subordinacion de la tropa, necesidad demasiado demostrada por la experiencia y por el conocimiento de la exáctitud con que han de medirse y combinarse los movimientos en una batalla, en donde nada sirven los esfuerzos particulares sin la reunion de los de todos, y sin que la obediencia á los gefes los dirija á un fin determinado con la oportuna y puntual execucion de las maniobras.

Esta obediencia en el combate, por la qual cada individuo, olvidado de sí mismo, debe considerarse como una pequeña parte de la gran máquina de un ejército en accion, es lo mas sublime del arte, y aunque de ello pende la victoria y la conservacion del soldado, es necesario

prepararle para este sacrificio tan costoso en la apariencia, haciéndole conocer los inmensos recursos de la táctica, y las ventajas de la union y del orden. De aquí la necesidad de exercitarle frecuentemente, y de sujetarle á aquel método que vulgarmente se llama mecánico. La obediencia debe arreglar todas sus acciones: el vestido, la forma de llevarlo, el alimento, sus ocupaciones, hasta su misma opinion debe ser dirigida por ella. En los actos multiplicados del servicio, en su puntual asistencia á ellos, en la continua dependencia de sus oficiales, en la práctica de ciertas formalidades consiste que se acostumbre al orden, y á obedecer y respetar á sus gefes. La costumbre que adquiere en esta repeticion de actos, engendra en él un hábito que le conduce naturalmente á obedecer siempre, y que él mismo no podrá resistir. Así vemos que sucede todos los dias á muchos á quienes la costumbre sujeta á otros de menor autoridad, y al-

guna vez de no mayores talentos. Un gefe, cuya autoridad no es suficiente para obligar al soldado á guardar silencio en la formacion, á conservar limpias sus armas y vestuario, ó á executar con exáctitud los actos del servicio, ¿cómo lo será para que á su voz marche al ataque, permanezca inmóvil en medio del peligro, ó guarde en la retirada el órden que se le prescriba?

Basta ver marchar una guardia para juzgar del estado de subordinacion del cuerpo á que pertenece, y calcular lo que se puede esperar de él en campaña. Si en su marcha no se nota el mejor órden y el mas profundo silencio, puede asegurarse que aquel cuerpo no está acostumbrado á la subordinacion, que sus gefes son ineptos ó descuidados, y que no puede confiarse en él. Por el contrario, quando en un destacamento se observa que reyna constantemente el órden y las formalidades de ordenanza, es señal evidente de que sus gefes son celo-

ses en el desempeño de sus funciones, que el respeto á su autoridad está bien establecido, y que puede contarse con seguridad en todo caso con el regimiento de que es parte. En efecto, esto prueba que la tropa ha adquirido hábito de obedecer, que se ha connaturalizado ya con las reglas de la táctica; todo lo qual supone una continua vigilancia de parte de los gefes y oficiales, y que tienen ascendiente sobre los soldados para poderlos dirigir en qualquiera ocasion.

Como la obediencia del soldado debe tener unos límites tan extensos, ó por mejor decir, ha de ser ilimitada, nada debe omitirse que pueda contribuir á sujetarle á ella, y á hacerla amar. Para lo primero sirven las leyes penales y los castigos correccionales, para cuya imposicion autoriza á los gefes la ordenanza, que perderán todo su efecto si por algun caso, por disculpable que parezca, dexa de castigar-se la menor falta de subordinacion.

La menor gracia á la inobediencia mina los cimientos de la subordinacion, y acarrea consecuencias perjudiciales. El buen modo, el exemplo de obediencia y la continua asistencia de los oficiales á todos los actos de servicio, contribuyen para que la tropa ame la subordinacion. Con el trato se acostumbran los soldados á obedecer á sus oficiales, quienes tienen tambien ocasion de darle pruebas de su justificacion é inteligencia, y de inspirarles confianza, con lo qual jamas dexarán de someterse á sus determinaciones. En ninguna cosa tiene mas fuerza el exemplo que en la milicia, en donde es tan dificil lo que se enseña, que ningunas teorías pueden suplir la falta de lecciones prácticas. En vano predica valor y serenidad el que huye del peligro, ó da manifestas señales de turbacion á su vista. En vano querrá órden y puntual asistencia á los actos del servicio el que lo altera por su capricho ó no asiste á ellos. En vano

querrá uniformidad en el vestido el que desfigura de mil modos el uniforme. Quando se obliga al soldado á hacer aquello mismo de que otros se dispensan, miran su sujecion como una desgracia, como efecto del capricho de los gefes, y tal vez de las mismas leyes que empiezan por el mismo hecho á serle odiosas, y á las quales desobedece muchas veces por desesperacion.

No basta para evitar esto que los oficiales observen en todo la ordenanza, y no se dispensen en nada del cumplimiento de su deber: es necesario todavía que lo hagan de manera que manifiesten que están convencidos de la utilidad de aquello mismo que executan. No basta, pues, que un oficial obedeciendo á su gefe, marche al ataque, si en su ayre ó en sus expresiones denota temor ó deseo de evitarlo por juzgarlo inoportuno, ó por otra qualquiera causa; y no basta tampoco que asista puntualmente á todos los actos del servicio si su asistencia es

de pura ceremonia si manifesta disgusto en ellos, si los tacha de inútiles ó censura la exâctitud de sus gefes. Un insulto ó un acto manifestado de inobediencia seria acaso ménos perjudicial que estas señales de desaprobacion. El exemplar castigo de aquel impediria todas sus funestas consecuencias; pero estas minan insensiblemente los cimientos del órden y de la subordinacion. Por esto he dicho que la obediencia de los militares debe extenderse aun á sus opiniones, pues se destruirá si cada uno no obedece á su respectivo gefe, y si no le obedece con gusto.

Todo esto es necesario de parte de los subalternos: pero lo es igualmente que los que mandan, merezcan su confianza. Si no tienen todas las prendas necesarias para obtenerla; si por error ó ignorancia no la inspiran con todas sus providencias, jamas se establecerá la subordinacion sobre bases sólidas é inalterables. El que confia en la guia

que le conduce, no duda en seguirla por los peores caminos, y por las mas áperas montañas: por el contrario, si no está seguro de sus conocimientos, se detiene á cada paso, temiendo alejarse de su objeto. La resistencia crece á medida de lo que camina, y llega á ser invencible si se dilata demasiado la llegada al parage á que se dirige. Lo mismo sucede con el general que no merece ó no sabe grangearse el amor y la confianza de sus tropas. Entónces faltan las piedras angulares del edificio, y no solo se debilita la autoridad de este gefe, sino que las mismas leyes militares pierden una gran parte de su fuerza por el repetido choque de los obstáculos que tienen que vencer. No seria difícil probar quanto perjudica á la subordinacion la falta de confianza en los gefes, comparando unos con otros los ejércitos que se han formado en esta época, y aun las divisiones de cada uno entre sí; pero no es necesario entrar en comparaciones odiosas, no

habiendo militar que no pueda por sí hacerlas; y que nos las haya hecho, y á quien la experiencia no haya convencido de la verdad de este aserto, que puede llamarse axioma.

Luego que acabé de leer este capítulo, les dixe, que extrañaba mucho como dilatándose en él mas que en los otros, no trataban de la disciplina, de la qual tienen tanta necesidad nuestros exércitos, y que hasta ahora parece que no ha podido establecerse ni se halla modo de establecerla. Vd. me obliga, dixo Patricio, á hablar de una materia sobre la qual manifiesto con temor mi dictámen, y esto con la protesta de que únicamente digo lo que pienso, sin pretender que sea acertado, pues yo mismo desconfio de mi opinion en atencion á que tantos sostienen una muy contraria. ¿Podrá vd. creer que me parece que basta lo que se ha dicho en este capítulo para que haya disciplina en la tropa? ¿Cree-
rá vd. que despues de leído muchas veces, me parece que quanto pue-

de decirse para disciplinarla , está contenido en aquellas expresiones de que el soldado tenga una obediencia ilimitada , que jamas desobedezca impunemente , y que se le haga respetar y amar la autoridad con el castigo , con el buen trato y con el exemplo? En efecto , la disciplina propiamente dicha no es otra cosa que la subordinacion del soldado á las leyes militares , á la qual se le da este nombre quando llega ya á hacerse en él un hábito. Parece , pues , que para que haya disciplina debe procurarse que la tropa adquiera este hábito. ¿Y de que otro modo puede adquirirlo que no sea con la repeticion de actos de obediencia , con una inalterable sujecion al órden establecido , con el temor del castigo que la obligue á conformar en todo sus acciones á la voluntad de sus gefes , y con la persuasion y el exemplo que la haga conocer las ventajas de su obediencia? Si es necesario algo mas , yo no lo sé ; y si basta esto , no al-

canzo que causa impide que se execute.

He oído, díxe yo, á algunos oficiales, que la creacion de cuerpos y de oficiales nuevos ha ocasionado la indisciplina del ejército, y que la escasez de ordenanzas ha contribuido tambien á ello, porque mal podrán observar sus preceptos los que ni los sabian, ni tenian por donde aprenderlos. A otros he oído tambien que no habrá disciplina mientras no se corrijan las mismas ordenanzas, y en general oigo hablar de ella de una manera tan enfática y misteriosa, veo tantos proyectos sobre el modo de establecerla, que concibo que es sumamente difícil que se consiga, y esta idea me aflige demasiado, siendo, como se dice, indispensablemente necesaria para asegurar el triunfo de nuestras armas. Esto último, respondió Patriocio, es una verdad eterna y punto ménos que de fe. En quanto á lo demas, la creacion de cuerpos y oficiales nuevos fué un mal acaso ine-

vitable en la situacion de las provincias invadidas á un mismo tiempo , y obligadas á defenderse , sin contar unas con los auxilios de las otras. Estos cuerpos debieron resentirse en los principios de los vicios de su creacion ; pero no habiéndose formado (como creo que no se ha formado) ninguno enteramente nuevo sin mayor ó menor pie de tropa y oficialidad veterana, la subordinacion pudo irse introduciendo en ellos del mismo modo que la instruccion en el manejo del arma y evoluciones. Los oficiales y soldados nuevos aprendieron esto sin ordenanza : ¿ por que , pues , los que los enseñaron no los instruyeron igualmente en sus respectivas obligaciones ? ¿ Por que los gefes , entre los quales por lo regular se puso alguno antiguo , no establecieron el régimen de la ordenanza para el gobierno y manejo de la tropa ? ¿ Por que no se obligó á los oficiales á asistir á todos los actos del servicio , á academias de instruccion don-

de hubieran aprendido sus respectivas obligaciones? Todo esto pudo hacerse desde el principio, y ya no habria oficial á quien la práctica de una guerra como la actual no hubiera acabado de instruir perfectamente, aun quando supusiéramos una falta absoluta de ordenanzas. Que pudo hacerse, y que así se hubiera introducido el orden y la subordinacion en los cuerpos, lo prueba la experiencia de muchos en que se hizo, y en los quales produjo los mejores efectos. Pero desde entónces acá, que todos los regimientos antiguos y modernos se han destruido y formado muchas veces, que los oficiales nuevos se han mezclado con los otros, y que hay mas exemplares de las ordenanzas, ¿por que no se executa quanto ellas previenen?

Hubo desórden, hubo dispersiones; y ¿que se hizo para evitarlas? Debíó castigarse á los primeros motores que no podian ser desconocidos de los oficiales y cabos inferiores.

res que se hallaran en las filas. Debió averiguarse si estos hicieron todo lo que debían para animar y sostener la tropa en el combate; pero nada se hizo sino multiplicar órdenes, que no dirigiéndose á atacar el mal en su raiz, no han podido executarse, ni evitar sus efectos. Se substituyeron á los consejos de guerra ordinarios los permanentes de los ejércitos, y se privó á los oficiales del influxo moral que les daba el derecho de juzgar á los soldados, sin que se haya abreviado el curso de los procesos, sin que se castiguen los delitos con el rigor de las leyes, y sin que se haya quitado toda esperanza de impunidad. ¿Diremos que esto consiste en falta de ordenanzas, ó en los regimientos nuevos? ¿Diremos que ignoran las leyes penales los vocales de estos tribunales? ¿Que alguna autoridad les impide aplicarlas á los casos que juzgan? Nada de esto puede decirse. ¿A que atribuir, pues, la impunidad que se nota? ¿A que la orde-

nanza es imperfecta? Séalo en buena hora, y sirva esto de disculpa en los casos no prevenidos en ella, ó en aquellos que no sea compatible con las circunstancias actuales. Pero en quatro años de guerra ¿no se han podido dar órdenes que suplieran su silencio ó la rectificaran?

El establecimiento de los consejos permanentes es una variacion del sistema de la ordenanza. En ellos deben juzgarse los delitos en que entendian los ordinarios de guerra, de los quales no hay ninguno que no tenga pena señalada, y he aquí que estamos otra vez en el caso de no poder adivinar por qué no se han castigado algunos, por qué ha habido incertidumbre en los juicios de estos tribunales, y por qué el curso de los procesos ha sido tan lento quando se establecieron para darle mayor rapidez. Los demas delitos se castigan por los gefes, casi todos con pena arbitraria: parece, pues, que nada puede haberles impedido que los castiguen. Despues de esto

no comprendo tampoco por qué los gefes y oficiales no se han hecho obedecer, teniendo en su mano el castigo que es uno de los medios para conseguirlo, y dependiendo tambien de ellos los demas de que he hablado.

Supongamos que la ordenanza necesita perfeccionarse, en lo qual estoy de acuerdo, y convengo en que entònces mas proporcionadas las penas á los delitos, producirian mayores efectos, sin embargo de un órden ménos perfecto al desòrden hay una distancia inmensa. No podremos poner nuestras tropas en aquel grado de disciplina en que estuvieron las romanas; pero si se observara la ordenanza tal qual es, tendrian la suficiente para que todos los regimientos estuvieran en el pie en que se hallan muchos que se han distinguido en todas ocasiones. Por otra parte, lo que podrá perfeccionarse en ella relativo á la disciplina, será la parte penal, pues por lo demas siempre se exigirà que los

oficiales la fomenten con su puntual asistencia á los actos del servicio, con su vigilancia continua sobre los soldados, y con su exemplo de respeto y obediencia á los gefes. Esto es inalterable, es de todos los tiempos y de todas las circunstancias, y debia practicarse con mayor esmero para suplir la imperfeccion del otro medio, dando á este toda la eficacia de que es susceptible. Si se hubiera hecho esto, si ademas se hubieran aplicado con el último rigor las penas de la ordenanza, no faltaria disciplina en las tropas, como no falta en aquellos regimientos que han seguido este plan. Yo lo creo así, y me parece (tal vez estaré engañado de buena fe) que no es tanto la falta de medios para hacer obedecer á la tropa la que ocasiona su indisciplina, como otras causas tan visibles, que me admiro como no se conocen, ó como conociéndolas no se remedian.

Advierta vd., dixo Lara, que el remedio de estos defectos es tanto

mas fácil, quanto que la misma ordenanza no los autoriza ; pero al mismo tiempo que se pondera la necesidad de un rigor inflexible para mantener la disciplina , al mismo tiempo que su falta ha llegado á ser la disculpa universal , se minora el de la ordenanza , y se olvida el órden que ella prescribe , porque se necesita otro mas perfecto , como si fuera mejor abandonarse al desórden miéntras , que seguir cierto órden , aunque sea imperfecto. Todo soldado , cabo y sargento , dice la ordenanza , que en lo que precisamente fuere de mi real servicio , no obedeciere á todos y á qualesquiera oficiales de mis exércitos , será castigado con pena de la vida. ¿ Se puede añadir algo al rigor de esta pena ? Si la escasez que padece el soldado disculpa ciertos excesos , ¿ puede disculpar la falta de obediencia respecto de los actos del servicio ? Enhorabuena que en el estado actual del exército no sea de esperar , como ha dicho mi compañe-

ro, que un árbol cargado de fruta madura permanezca intacto en medio de un campamento; pero si no podemos llegar á este grado de perfeccion, ¿no basta el artículo citado y los que le siguen para que el soldado obedezca puntualísimamente en todos los actos del servicio?

Es increíble que quando mas se necesita el rigor, quando todos claman por él, considerándole el único medio de establecer la disciplina, es quando se minora aun el de las leyes establecidas. Hace pocos dias vi imponer un levísimo castigo por una inobediencia calificada á un oficial, á cuyo gefe oí decir que en otro tiempo habria sido condenado á presidio. Si yo no fuera un simple soldado, le hubiera preguntado si estaba por ventura derogada la ley, en cuya virtud le hubiera condenado. Si no lo está, ¿por que se mitiga ahora, que se necesita mayor severidad? ¿Por que en un caso en que un exemplar castigo hubiera influido mucho para cimentar la

subordinacion en las clases inferiores, y para que no se les diera el pésimo exemplo de ver casi impune una inobediencia? No sé que me habria respondido este gefe; pero puedo asegurar á vd. que es de los que mas se quejan de la falta de disciplina y de la imperfeccion de la ordenanza.

Yo creo tambien que necesita reformas, y substituir al método antiguo que contiene, la nueva organizacion de los cuerpos, la táctica actual y las demas variaciones de la Constitucion militar; pero mientras esto se hace, tengo por infalible lo que lei poco ha en el Semanario Patriótico, que dice que si todos los gefes fueran Ballesteros, bien pronto tendrian disciplina los soldados. Por lo demas no nos hemos propuesto en estas apuntaciones dar nuevos proyectos, sino exponer las razones en que se fundan las leyes militares, é indicar los medios de que tengan todo su efecto; y estamos seguros por lo tocante al punto de

que se trata, de que los soldados obedecerán y tendrán por consiguiente disciplina si emplean los que hemos dicho. Amigo, le dixe yo, no entiendo esta materia; pero confieso á vd. que no comprehendo como pueda dexar de obedecer la tropa, si como dice, jamas queda impune la mas leve falta de subordinacion con arreglo á la ordenanza (en que creo se trata nada ménos que de pena de la vida); si se exíge con el mismo rigor igual obediencia en todas las clases superiores; si el exemplo de estas la extiende, la fomenta y la consolida, y si el trato de los gefes hace amar y respetar su autoridad. Continuemos nuestra lectura.

DE LAS DEMAS VIRTUDES.

Apénas nos queda que leer, dixo Patricio; pero advierta vd. que aunque solo se ha hecho mencion de estas virtudes tan esenciales, que sin ellas ninguno puede ser buen militar, hay otras que no son ménos

importantes , aunque por la brevedad á que me propuse reducir este quaderno, no las trato en particular; pero no quiero dexar de manifestárselas á vd. para que vea que las virtudes de los militares no están reducidas al valor y alguna otra, como dixo poco ha.

No hablaré de la veracidad de esta virtud , que los legisladores han mirado como característica de los militares. En efecto en una profesion cuya base es el honor y la fortaleza , no puede ni aun suponerse un vicio tan degradante y que arguye tanta debilidad como la mentira ; pero ¿ hasta que punto no deben llevar los militares la veracidad ? No basta que en el trato civil no incurran en la baxeza de engañar ; su palabra de honor debe tener lugar de los mas sagrados juramentos, debe equivaler á los pactos mas solemnes. Ella obligó á Atilio Régulo á volver á presentarse en Cartago , y ella contiene en el arresto mas seguros que baxo cien llaves á los

oficiales por la tácita promesa de guardarlo; y á pesar del desorden de que nos quejamos, se ve con escándalo quebrantar el arresto á los pocos que se olvidan de lo que deben á la confianza que se hace de su palabra. Si el militar no puede sin manchar su honor faltar á la fe de su palabra, en este caso aunque el arresto sea injusto, ¿que diremos del que no sea verídico en sus informes? ¿que del que por temor ó lisonja no manifiesta quando es consultado su opinion francamente y sin disfraz alguno? Sin duda es tan débil y tan cobarde como el que huye del combate. Ve vd. aquí por qué ha pasado en proverbio la expresion de *con franqueza militar*, en contraposicion á los artificios y sutilezas que hasta cierto punto se admiten en otras carreras, y esto basta para que vd. confiese que la veracidad hasta el grado mas sublime, es virtud propia de los militares.

¿Que dirá vd. ahora si yo le añado que deben tener tambien la de

la frugalidad y la continencia? Pero creo que convendrá en ello sin mas que unas ligeras reflexiones. Si los hombres, aun considerados fuera de la sociedad, deben para su propia conservacion contener sus apetitos desordenados, mucho mas deberán reprimirlos en la sociedad en que sus excesos perjudican á los demas. El exceso en el vino daña á todo el que se entrega á él; pero en la sociedad le expone al mismo tiempo al desprecio de aquellos con quienes vive, y á quebrantar las leyes en la perturbacion de su razon. Y si para un individuo particular y para la sociedad son tan perjudiciales estos excesos, ¿quanto mas lo serán quando por ellos se hace despreciable aquel que por el interes de la misma sociedad debe ser respetado; aquel en cuyas operaciones libra su seguridad; aquel, finalmente, que tiene mayor número y mas severas leyes que observar, y que violándolas no solo se expone á penas mas graves, sino que arriesga

la seguridad de los demas ? Añada vd. á esto la necesidad de que cada uno contraiga hábitos análogos á las circunstancias en que debe hallarse, y verá que el militar hará mas dolorosas las privaciones que tiene que sufrir para conseguir el objeto de su instituto sino se acostumbra á la sobriedad. La multitud de soldados que la nacion tiene que mantener para su defensa, obliga á una prudente economía, que es por otra parte conveniente para facilitar los movimientos y las operaciones. Así es que Federico II no solo limitó la racion del soldado, sino hasta las mesas de los generales, pues una tropa frugal, acostumbrada á contentarse con un alimento saludable, encuentra recursos para penetrar y mantenerse en payses, que otras ménos parcas tienen que evitar, ó que abandonar, debastándolos en un momento, y perdiendo para buscar nuevas subsistencias el fruto de una campaña. No quiero decir con esto que deba escasearse á la tropa el alimen-

to necesario para que conserve su salud y robustez. Esto no seria fomentar la frugalidad, sino una economía perjudicial que al mismo tiempo que defraudaria á los defensores de la nacion de los auxilios que tan de justicia les son debidos, no los tendria en el estado de robustez y agilidad en que deben hallarse para el exercicio de sus funciones. Digo solo que el exceso no es ménos perjudicial para su salud que para el mismo objeto de su instituto.

Reflexi3ne vd. sobre las razones que no he hecho mas que indicar, y verá que la frugalidad es una virtud necesaria para los militares. Aplíquelas tambien al luxo y á las pasiones, y no extrañará que yo le diga que el honor, la dignidad de su carrera y el interes de la Patria exigen que se abstengan igualmente de otros placeres destructores. Verdaderamente es indecoroso, es contra todos los principios de su profesion, es perjudicial para la Pa-

tria que en un militar, en cuyo rostro deberian brillar las nobles cicatrices de las heridas recibidas en el campo de batalla, se vea el vergonzoso sello del vicio, que la religion, su propio interes y sus circunstancias particulares le inducen á evitar. Que un ciudadano qualquiera perezca sin gloria en la flor de su juventud víctima de su inmoralidad y desarreglo, es sin duda una desgracia; pero ¡ quantos males no acarrea la pérdida de la preciosa vida de un militar, que expuesta generosamente en el campo de batalla, le hubiera colmado de gloria, y asegurado la felicidad de su patria! ¿No es esto privarse á sí mismos del fruto de sus trabajos? ¿No es usurpar á la patria el derecho que tiene á la vida que le consagraron? Ciertamente que sí, le dixe yo, y creo que si los militares tuvieran una idea exácta de lo que son, y de lo que importa al bien general su conservacion y decoro, bastaria esto para retraerlos de ciertos vicios que

ofenden su pundonor, y los imposibilitan para las gloriosas tareas de su profesion. Vd. extiende los principios del honor y de la institucion militar á mas casos que á los que comunmente se aplican; pero confieso que no me parece violenta esta extension. No obstante, dixo él, que vd. crea que yo no violento los principios, temo que ha de reirse si le añado todavia que la modestia es otra de las virtudes (y no la ménos necesaria) de los militares.

Es cierto que la justa estimacion de sí mismos es el fundamento del honor; y que si un militar adornado de todas las qualidades recomendables que debe poseer, se despreciara, obraria con injusticia respecto de sí mismo. Pero esta justa estimacion y el deseo de verla confirmada por los demas, no son de ninguna manera incompatibles con la modestia, que léjos de obscurecer el mérito, lo hace mas brillante. Aquel que tiene un íntimo convencimiento de su propio mérito, es-

pera con tranquilidad que se le haga justicia, y no se apresura á designarse á sí mismo un lugar en la opinion de los demas: no pondera á cada instante sus méritos, y no los destruye con una vanidad ridícula ó con un orgullo intolerable. Te interrumpo, dixo Lara, para referirte un dicho de nuestro amigo F.... Hablando un dia de estos militares jactanciosos, dixo: que se le figuraban á los quincalleros que van por la calle gritando continuamente y ponderando las baratijas que llevan en sus asquillas; pero que los verdaderamente beneméritos y modestos eran como los grandes comerciantes que tienen llenos sus almacenes de efectos preciosos, y que sin hacer de ellos vano alarde, esperan á que vengan á buscarlos. La comparacion es exáctísima, dixe yo: sigámosla. Los grandes comerciantes, continuó Patricio, perderian el concepto, que tanto les importa mantener, si hicieran á cada instante relacion de sus ricas mercaderías con

un aprecio inoportuno y exâgerado de todas ellas , y quisieran obligar á los demas á tenerlos por los hombres mas ricos del mundo. Igualmente el orgullo y la vanidad obscurecen el verdadero mérito , como lo prueba la experiencia diaria de muchos sugetos por otra parte apreciables, pero que son insufribles en la sociedad, en la qual parece que no viven sino para despreciar á los demas, ó fatigarlos con pomposas descripciones de su mérito. El que alaba sus acciones , se paga á sí mismo con sus propios elogios , y quita á los otros el deseo y la oportunidad de aplaudirlas ; y seria muy doloroso que un militar benemérito se privara del derecho que le dan sus servicios á la estimacion general , é hiciera ridícula y molesta una relacion que deberia inspirar el mas dulce placer y la mas justa gratitud.

Pero no es solamente este mal particular el que causa la falta de modestia ; ella es tambien origen de la grado-manía , que hace que ningun-

no esté contento en su empleo, que se desestimen los grados inferiores de la milicia, y que todos aspiren á los superiores. Al militar que carece de esta virtud, no le basta la satisfaccion de haber servido á su patria, de merecer la estimacion de sus gefes y compañeros, ni aun el haber sido recompensados sus servicios. Como mide su mérito por el alto concepto que su indiscreta vanidad le hace formar de sí mismo, ningun premio le parece suficiente, y se contempla agraviado si no obtiene unos ascensos que satisfagan su orgullo, para lo qual apenas bastan los grados superiores de la milicia. De aquí el prurito de ascender, y esas rápidas carreras con que muchos llegan á gefes sin haber tenido tiempo de aprender á mandar con las lecciones de la execucion y obediencia. De aquí el poco aprecio de los grados subalternos, y tantas quejas como se oyen continuamente con grave perjuicio del servicio y de la subordinacion militar. Por haber

mandado una guerrilla con acierto se acusa de injusto al gobierno y á la Patria de ingrata si no se obtiene inmediatamente el mando de un regimiento ; y las mismas quejas se reproducen si conseguido , no se logra la banda de general , si se tiene la fortuna de que la tropa que se manda se bata en línea con serenidad y buen órden. Importa muy poco que esto no sea mas que llenar las obligaciones de todo militar. Importa poco que esta ventaja se deba á la instruccion y disciplina anteriormente establecida en el cuerpo , y al celo y valor de la oficialidad. Importa poco que el nuevo jefe no haya hecho mas que ocupar un lugar á la cabeza de sus soldados , y evitar la nota de cobarde , sin merecer la de valiente ; á sus ojos es un heroe : á él se debe la firmeza de la tropa , y á él , en una palabra , la victoria. Pondera su mérito , solicita , intriga , y consigue el mando de una division. Entónces , no solo la patria experimenta los fu-

nestos efectos del equivocado concepto que su amor propio le hizo formar, sino que él mismo ve su incapacidad, y se halla privado de la estimacion á que aspiraba. ¡Quantos males no han causado estos ascensos prematuros! ¡Quantos dignos militares han sido víctimas de la ridícula vanidad de ostentar mandos y graduaciones! Por desgracia puede asegurarse que hay muchos que hubieran hecho servicios importantísimos á la nacion, que gozarian de la estimacion general en un empleo inferior al que ocupan, y que hubieran sido excelentes gefes y aun generales si se hubieran apresurado ménos para llegar á serlo. El célebre Guido Stharemborg dixo á un coronel á quien el Emperador habia promovido á general en fuerza de sus manejos en la corte: *El Emperador no os ha hecho general, os ha nombrado, y nada mas.*

Un oficial modesto al mismo tiempo que siente en sí el noble y laudable deseo de subir á los primeros

empleos de la milicia , no se equivoca en la opinion que forma de su propio mérito. Conoce la importancia de los cargos á que aspira ; procura adquirir instruccion , experiencia , valor y todas las demas prendas necesarias para desempeñarlos , y toma todas las precauciones que la prudencia humana puede dictar para gozar en ellos la estimacion y la gloria porque anhela. Ve que el brillante puesto de General que colma de gloria á los que le ocupan dignamente , cubre de descrédito á los que carecen de las circunstancias que deben adornar á los que llegan á él. Conoce que no es lo mismo ser general , que conseguir el despacho de tal ; y lleno de una prudente desconfianza , trabaja incessantemente para hacerse acreedor á aquellos mismos empleos cuyas graves obligaciones conoce. Se juzga á sí mismo con severa imparcialidad , y espera á ver confirmado el juicio que forma de su aptitud por la opinion de sus compañeros , y por la

confianza que merece á sus gefes; haciéndose así verdaderamente digno de los mas altos empleos, para cuyo desempeño se prepara con tanto estudio y cuidado. La modestia es, pues, de la mayor importancia, porque contribuye tan particularmente á que los militares procuren adquirir un verdadero mérito, y lo es tambien porque, como he dicho ya, realza mucho el mérito mas distinguido. En efecto, esos eternos panegiristas de sí mismos hacen odiosa la relacion de muchas acciones, que ménos ponderadas, serian oidas con placer, y las conciliarán la estimacion y el respeto. Pero no hay uno que no se complazca en escuchar y en tributar elogios á aquellos que con su modestia conservan todo el mérito de su conducta. Don Francisco Barreda comandante del batallon de Búrgos, despues de haber rechazado repetidos ataques de los enemigos, y de haberse distinguido extraordinariamente á la cabeza de su batallon en la defensa de Ubeda, fue

herido mortalmente, y retirado sin sentido del combate. Quando volvió en sí, preguntó á los que le rodeaban: *¿está el general satisfecho de la conducta de mi batallon?* Esta pregunta, este vivo interes por la gloria del cuerpo que se le habia confiado, este olvido de sí mismo no es ménos laudable que el valor ni las demas prendas militares que este malogrado oficial desplegó en el discurso de su carrera; y vd. no negará que todas ellas adquieren un nuevo brillo con esta modestia.

Como se llamaba, dixo Lara, aquel oficial de Ingenieros que salió de la Puebla de Sanabria con pliegos de la Junta Central para el marques de la Romana? No me acuerdo de su nombre, dixo Patricio, aunque sé muy bien qual dices. Pues ese oficial, continuó Lara, llegó á Oporto á tiempo que el pueblo estaba amotinado contra algunos que creia partidarios de los franceses, que entònces marchaban sobre aquella plaza á las órdenes del

mariscal Soult. Los amotinados le tuvieron por espia porque se negó á entregar los pliegos que conducia, y le encerraron en un calabozo en la cárcel pública. Allí le hubieran quitado la vida si no los hubiera llamado á otra parte la llegada de un general francés, que vino en aquel momento á intimar la rendicion. Cargaron todos sobre el parlamentario, y le conduxeron tambien á la cárcel. Poco despues llegó el ejército y empezó á batir la plaza, que no tardó en entregarse, como era natural, en aquel desórden. Los primeros franceses que entraron en ella se dirigieron á la cárcel á sacar á su general, con el qual salió nuestro oficial, y fue presentado al mariscal Soult, quien creyéndole partidario suyo le recibió con el mayor agrado, le convidó á comer, y le ofreció (como para indemnizarle de lo que habia sufrido) colocarle ventajosamente en su Estado-mayor. Bien pronto conoció aquel gefe por la conversacion, que se habia equi-

vocado ; mas sin embargo reiteró sus promesas , exigiéndole juramento de fidelidad al gobierno frances. Negóse resueltamente nuestro oficial , sufrió reconvenciones , y despreció quantas promesas se le hicieron , hasta que irritado Soult , le mandó conducir con los prisioneros , amenazándole con que le trataria como á espía si no prestaba el juramento. Allí pasó muchos dias sin recibir socorro alguno , resistiendo las sugerencias de los franceses y de los españoles juramentados , y esperando que el Mariscal , cuyo amor propio se hallaba cada vez mas ofendido por el constante desprecio de sus promesas , realizase al fin sus amenazas. Hasta que un oficial , admirado de su constancia , y compadecido de su situacion , le proporcionó la fuga.

Quanto se presentó en el quartel general refirió su prision por los amotinados ; su libertad despues de la entrada de los franceses ; que estos le incorporaron con los demas

prisioneros , y que finalmente , encontró medio de evadirse. Nada dijo del compromiso en que le habian puesto las promesas y amenazas de Soult , nada de su gloriosa y heroica resistencia , hasta que con motivo de un consejo de guerra que se celebró en Alburquerque para juzgar á un oficial que venia entónces sirviendo á los franceses , se averiguó todo el hecho. ¿ Que encuentra vd. aquí mas admirable , la firmeza de este oficial ó su moderacion en ocultar una cosa que tanto honor le hacia por la mera delicadeza de no referir un hecho que no podia acreditar? Todo es admirable, le dije yo. Siento que vd. no se acuerde de su nombre , y le protesto que no descansaré hasta que lo averigüe y conozca á ese Scebola español. Aquí interrumpió Patricio la conversacion diciendo que eran las nueve menos cuarto , y tenian que irse á sus cuarteles. Inmediatamente se levantaron , y dándome gracias por el favor que suponian que les habia

hecho en escucharlos , se despidieron de mí. Yo les manifesté la singular complacencia con que los habia oido, les rogué que volvieran para que continuáramos nuestras conversaciones , y partieron dexándome para que leyera como apéndice lo que dice el mariscal príncipe de Ligne, que copio á continuacion.

„Aunque seais descendientes de los héroes , aunque lo seais de los mismos dioses , si la gloria no os inflama continuamente , no os alistéis en las banderas militares. No digais simplemente que os gusta la carrera ; y si esta fria expresion basta para denotar vuestra inclinacion á ella , abrazad otra desde luego. Haced el servicio puntualmente : sabéis quizá algo de los principios del arte ; pues bien sois unos meros artesanos , llegareis hasta cierto punto ; pero no sereis artistas consumados. Mirad el arte de la guerra como superior á todos los demas , amadle con pasion ; sí , con pasion : esta es la palabra que debo usar. Si no so-

ñais militarmente ; si no devorais los libros y los planes de guerra ; si no besais las huellas de los soldados antiguos ; si no llorais al oir la relacion de sus combates ; si no os consume el deseo de distinguiros en ellos, y la vergüenza de no haberlo hecho todavía , quitaos luego el uniforme que deshonrais. Si no os transporta el exercicio de un batallon ; si no sentis un deseo de hallaros en todo ; si estais distraido , si no temeis que la lluvia impida maniobrar á vuestro regimiento , dexad vuestro empleo á un jóven tal como yo le quiero ; á un jóven que esté (por decirlo así) loco por la ciencia de los Mauricios y de los Eugenios , y que esté persuadido de que es menester hacer por lo ménos tres veces mas que su deber para cumplir regularmente. ¡ Desgraciados de los tibios ! vuélvanse al seno de sus familias ; y que seres degradados , cuya multitud importuna solicita sin cesar gracias que no merecen , no impida que los dignos militares obtengan el

premio que merecen por sus trabajos y honrosas cicatrices. No es justo que se antepongan en la corte á los que se les han antepuesto en la guerra. La verdadera consideracion pertenece á los verdaderamente beneméritos , y no á los que aparentando servir , les usurpan sus recompensas. En fin , es menester para ser militar que el entusiasmo inflame la cabeza , que el honor electrice el corazon , que el fuego de la virtud brille en los ojos , que al desplegar las señales ilustres de la gloria , se exalte el alma ; y perdóneseme , si la mia , que acaso lo está en este momento , me arrastra á mi pesar á la declamacion."

